

Apuntes sobre Huitzilopochco

Huitzilopochco, actual Churubusco en el centro sur de la cuenca de México, fue un asentamiento que por sus características y su larga historia fue catalogado como una de las treinta poblaciones más importantes del imperio mexica. Este trabajo recupera de fuentes históricas las condiciones de su existencia y las instituciones que logró consolidar.

Huitzilopochco, today known as Churubusco, in the south-central Basin of Mexico, was regarded as one of the thirty most important settlements in the Mexica Empire, based on its characteristics and its long history. This study focuses on the conditions of its existence and the institutions that it managed to consolidate as gleaned through historical sources.

Los señoríos culhua que dominaron el área de la península de Iztapalapa y las playas al norte del pedregal sometieron a su arbitrio el tránsito de hombres y canoas entre los lagos del sur de la cuenca de México (Chalco-Xochimilco) y el del centro (la laguna de México), al grado de que su historia es una de las más dilatadas en la región (más de 1 000 años).

Por momentos (siglos VII-IX), el poder de Culhuacan y los señoríos bajo su mando sometió una buena parte de la rivera de los lagos sureños, e incluso áreas fuera de esta cuenca como Ocuilan y Malinalco, y éste logró formar alianzas tripartitas (siglos X y XI), primero con la prestigiada Tula y Otumba, y luego —a la caída de ésta— con Cohuatlinchan y Azcapotzalco (Chimalpain, 1991:15). Consolidando uno de los mayores poderes en la cuenca para el tiempo en que los mexica llegaron a ésta en su largo peregrinaje.

Durante el siglo XIV y XV los culhua formalizaron un régimen de cuatro cabeceras (*nauhtecutli*) entre las poblaciones vecinas de Culhuacan, Iztapalapa, Mexicalzingo y nuestro Huitzilopochco. Esta ordenación política contó con un prestigio histórico que incluso fue usado por los mexicas, para formalizar su posición en el imperio.

De las cuatro cabeceras, Huitzilopochco es la única en la rivera poniente del lago, y probablemente la menos investigada y de la que tenemos el menor número de referencias en fuentes históricas, pero su lugar entre las cuatro parece no carecer de importancia.

Huitzilopochco se convirtió en parte importante del plano geopolítico de la Triple Alianza con Tenochtitlan a la cabeza, y prueba de ello son sus relaciones en lo mítico-religioso, lo militar, y el uso de sus contactos comerciales con distantes regiones del imperio.

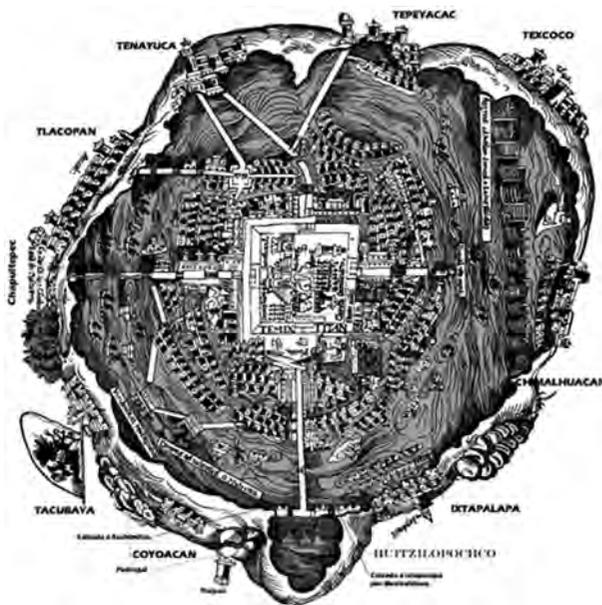


Fig. 1 Plano de Cortés con Huitzilopochco incluido en la parte baja de la ilustración.

Su historia es más dilatada de lo que parece y guarda puntos de encuentro con muchos problemas y características importantes de la economía, política y religión del área en que se asentó, figurando de diferentes maneras en sus distintos estadios de existencia.

Así, la trascendencia de Huitzilopochco como cabecera culhua está plagada de referencias a su importancia en múltiples planos de la vida y la subsistencia de los asentamientos rivereños del altiplano. Este trabajo pretende reflejar algunos de esos aspectos, mediante un recorrido por esta suma de historias en una de las añejas poblaciones de la cuenca de México.

Aguas y tierras recursos de Huitzilopochco

Aunque debieron existir muchos planos prehispánicos en que aparecía la población objeto de este estudio, es indiscutible que la primera imagen europea sobre Huitzilopochco es la del plano atribuido a Cortés (fig. 1); el original se desconoce, pero una copia del mismo fue incluida en la tercera de las *Cartas de relación* que el capitán es-

pañol remitió a España, mediante un grabado impreso en Nuremberg en 1524. Este plano debió enviarse al emperador entre 1520 y 1522, fechas de la realización de las cartas 2ª y 3ª (Toussaint, 1990: 93), mientras el original sobre el que se basó el grabado podría ser fechada entre el 8 de noviembre de 1519 y mayo de 1520, primera parte de la estancia de los castellanos en Tenochtitlan (*ibidem*: 96).

Dicho plano resultó de importancia radical en las acciones para el amago de las poblaciones de la cuenca de México, en particular de Tenochtitlan, pero también es la más cercana representación occidental de lo que fuera el Anáhuac, la visión de un mundo a punto de fenecer.

En su estudio sobre dicho grabado, Toussaint identifica claramente la población en cuestión al ubicarla en el extremo de una de las calzadas que conectan la isla de Tenochtitlan, y cuya óptica permite ver la laguna de México como a través de un lente de ojo de pescado, donde el centro de la ciudad de Tenochtitlan se amplifica. La descripción del notable urbanista dice:

La calzada que va al sur [parte baja del plano] arranca de la plaza [de Tenochtitlan], perpendicularmente a una acequia, pasa entre dos grandes edificios, el de la derecha con altas torres; sigue un tramo entre casillas y luego por la laguna, sin cortadura y solo con una torrecilla en que los historiadores han querido ver el fuerte de Xolotl, que va a terminar en un gran edificio, a modo de castillo, con tres torres almenadas, con remates puntiagudos y que tienen cortaduras para comunicar con el lago que está atrás y es el de agua dulce, Xochimilco y Chalco, si bien representado esquemáticamente. El doctor Alcocer juzga que este castillo representa a Coyoacan pero, dada la situación de las poblaciones actuales que no puede haber variado, es indudable que se trata de Churubusco (*ibidem*: 100).

La imagen del castillo almenado, muy al estilo medioeval, parece muy alejada de una población prehispánica, pero podemos describirla a la luz de otros elementos. En primer lugar, la calzada sur de Tenochtitlan unía a dicha ciudad con Huitzilopochco, pero poco antes de llegar a ella existía otra calzada menor que cortaba el paso de este a

oeste, uniendo la península de Iztapalapa con nuestra población, de tal forma que en uno de los extremos se encontró Mexicalzingo (al oriente) y en el otro una calzadilla que llegaba, atravesando Huitzilopochco, a Coyoacan (al poniente).

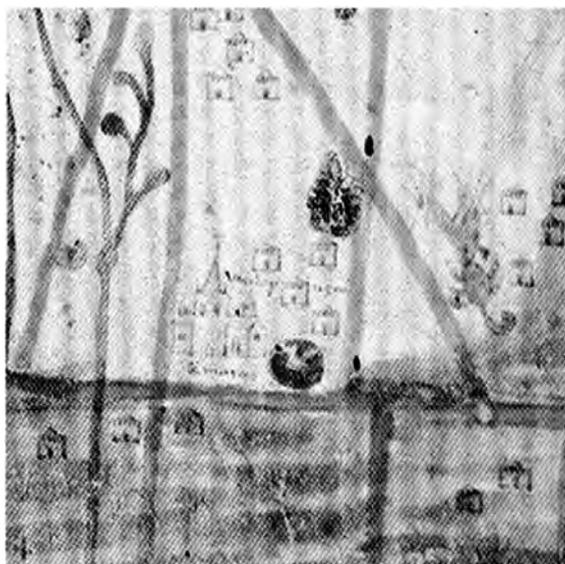
Esta relación existe en el grabado del plano atribuido a Cortés, y en dicha calzada se hallan dos vías cortadas, una en cada extremo: la verdadera calzada de Iztapalapa, pues la que salía de Tenochtitlan unía a esta ciudad con Xochimilco. Ambas cortadas en esta vía coinciden con las dos esclusas necesarias para el tránsito de canoas desde las lagunas dulces de Chalco y Xochimilco hasta la de México. La oriental que cruzara por Culhuacan y Mexicalzingo, y la que corre en el poniente pasando a la vera de Huitzilopochco, paralela a la vía terrestre Xochimilco-Tenochtitlan.

La imagen propuesta por el grabador de Nuremberg muestra tres torres almenadas y con techos puntiagudos, encerradas por una especie de muralla que permite ver algunas casas en el plano más lejano dentro de los espacios dejados entre las tres torres.

Podemos pensar que las torres representan edificios pirámides de grandes dimensiones, donde los *teocallis* son las elevaciones más grandes que pueden distinguirse a lo lejos, muy por encima los tejados del caserío de Huitzilopochco, dejando la duda de si son tres los templos más importantes en este poblado o si sólo se trata de una representación de los muchos que pudo haber tenido este importante centro religioso de la cuenca.

En cuanto a la muralla, cabe decir que fue encontrado un extenso muro cuya entrada tiene características defensivas en las excavaciones realizadas entre 1999 y 2000 bajo la sede de la actual escuela de restauración del INAH; y a pesar de no haber sido delimitado en su totalidad, no sería difícil que Huitzilopochco, por el espacio en que se localiza, pudiera haber sido una población amurallada aunque fuera parcialmente, elemento que —por otra parte— no vemos en ninguna otra de las poblaciones representadas por el grabado, por lo cual sólo la arqueología podrá mostrar la relación definitiva.

En la descripción sobre el área de Huitzilopochco en el plano (fig. 2) conservado en la biblio-



© Fig. 2 Churubusco en el plano de Upsala.

teca de la Universidad de Uppsalla, el etnógrafo y arqueólogo Sigval Linne dice:

[...] proseguimos rumbo al este para llegar a una pequeña aldea sobre la orilla del lago, cuyo nombre parece algo como [vicelopuzal]. Huitzilopochco, lugar de Huitzilopochtli, dios de la guerra de los aztecas, se castellanizó o cambió en Churubusco. Un pequeño pájaro sobre un disco color azul sirve como identificación, es Huitzilín, el colibrí íntimamente ligado al dios. La pequeña aldea del mapa tiene que haber sido alguna vez un lugar de importancia, pues de otro modo no le hubiese sido permitido llevar tan ilustre nombre. En tiempos de la conquista su número de habitantes se estimaba en 4 o 5 mil, y tenía renombre como sede de importantes mercaderes. Aquí torcemos en dirección al norte y llegamos al amarre occidental del dique que desde la zona de Ixtapalapa y en dirección oeste cerraba el paso entre los lagos de Xochimilco y Texcoco. El dique que desde Churubusco va directamente a Culhuacan se construyó probablemente poco después de la conquista. Aquella gran obra hidráulica está cortada por el canal que desaguaba el sobrante de los lagos de Chalco y Xochimilco al de Texcoco. Eran tan considerables los caudales de agua que de esta manera se llevaban al lago salado,

que cuando en 1609 se mandó bloquear el canal para proteger la capital contra inundaciones, subió rápidamente el nivel de las aguas en el lago de Xochimilco con un nefasto resultado para los poblados rivereños. El dique tiene que ser muy antiguo, porque no fue hasta que Nezahualcoyotl hubo construido el dique divisor del lago de Texcoco y que formaba un lago de agua dulce en torno a la capital, que cesó el riesgo de que se mezclaran las aguas dulces y saladas.

El canal a Xochimilco era su comunicación más importante del lago fuera del propio territorio. Ya en tiempos aztecas se proveía Tenochtitlan de flores y legumbres transportadas en canoas por el canal de la Viga. En época colonial continuaba el tráfico que necesitaba unas doce horas. Al hacer el gran drenaje del lago, el canal fue equipado con esclusas (Linne, 1948:158-159)

En dicho plano, como parte de Churubusco aparece en primer plano la iglesia de San Marcos (S. Marcus) junto al glifo del poblado, y justo en el cruce del camino que va a Coyoacan, y la senda que corre hacia el poniente aparece un glifo muy deteriorado que aparentemente muestra algún tipo de planta justo en el espacio que ocuparía el emplazamiento del convento dieguino, aún sin realizar en la época del plano.

Sobre el lago, y dejando en medio de ambos a Churubusco, aparecen las dos calzadas que unen a Huitzilopochco con la rivera opuesta de lago: por el lado norte con Mexicalzinco o Acatzintlan (como muestra su glifo) e Ixtapalapa, y por el sur con Culhuacan —y de las cuales no reconocemos la época en la cual fueran construidas.

En el mapa se muestra un total de 15 manantiales, identificados como pequeñas protuberancias en los arboles azules que marcan los afluentes de desagüe hacia el lago, en el territorio al sur de Huitzilopochco. La parte del lago pegada a la rivera del poblado se muestra plagada de plantas acuáticas y con algunas pequeñas casillas en medio de esta bastedad, cruzada solamente por brazos de los cauces que desemboca en canales que se dirigen al norte.

Por su parte, la calzada que parte de la ciudad de México Tenochtitlan y pasa por Churubusco, tiene antes de llegar a este poblado una desviación

a Coyoacan, para dirigirse más o menos en línea recta hasta Xochimilco.

A partir de una óptica diferente a la de los dos planos anteriores, la imagen ofrecida por diferentes fuentes escritas sobre Huitzilopochco es en lo general la de un pueblo ligado con comerciantes pochtecas y un pequeño grupo de guerreros (fig. 3); sin embargo, una postura más amplia deja entrever los trabajos de una población rivereña que ocupó los recursos disponibles en función de su emplazamiento. Población con poca y demasiado húmeda tierra, pero con grandes recursos lacustres y una ubicación bien dispuesta en un importante cruce de caminos para la geopolítica regional durante su historia prehispánica.

Para entender las actividades desarrolladas en ese Huitzilopochco anterior a los españoles es necesario revisar los datos que refieren algunas actividades del Churubusco Colonial.

La manufactura de sal es registrada como una de las más importantes industrias coloniales indígenas en tres de los señoríos culhuas o nauhtecutli: Iztapalapa, Mexicalzingo y Huitzilopochco (Gibson, 2007: 346); para ello aprovechaban seguramente los territorios que colindaban con la salobre laguna de México para la producción de panes de sal, utilizados por los indígenas como producto de uso corriente y por los españoles en la manufactura de carne salada y otros productos, conservados mediante este mineral. Un elemento que parece confirmar esta dedicación es que en contextos arqueológicos prehispánicos, bajo el convento y el sitio del “Coroco”, han sido localizadas cerámicas salineras en pequeñas proporciones.

Por otro lado para nadie es un misterio que la gran variedad de pescado oriundo de las lagunas era un recurso utilizado desde siempre por los pueblos lacustres, Huitzilopochco entre ellos, y que dicho alimento fue usado incluso como medio de presión en la guerra contra Coyoacan (como veremos): “Había indígenas cuya exclusiva ocupación era la pesca, en Cuitlahuac, Huitzilopochco, Mixquic, Chalco, Mexicalzingo, México y otras muchas comunidades cerca de los lagos de agua dulce [...]” (*ibidem*: 348).

Según Gibson, las jurisdicciones de pesca estaban cuidadosamente demarcadas, tanto como



© Fig. 3 Plano reconstruido donde aparece la situación de Huitzilopochco en la cuenca de México.

las de tierras, y fueron escatimadas por los españoles durante toda la Colonia. Un documento excepcional en este sentido es la ordenanza del señor Cuauhtemoc (2000), que muestra no sólo los linderos propios de Tlatelolco y las obras hidráulicas realizadas, sino también identifica diferencias formales en los tipos de agua de la laguna, y elementos y posibles pesquerías que pueden asociarse a éstos, con demarcación de linderos e identificación de funcionarios y grupos que los guardan.

Este tipo de demarcación guarda no sólo a los recursos de pesca, pues a ello debe añadirse un numeroso grupo de insumos naturales de la laguna y cultivados para su explotación: ranas en diferentes fases de crecimiento, culebras, cangrejos, insectos y moluscos que constituían importantes recursos para los indígenas, particularmente las aves y sus huevos.

Muchos tipos de caza acuática eran conocidos también por los pueblos aztecas. A finales del siglo XVI, Sahagún pudo enumerar más de 40 variedades [...] Las aves que más se utilizaban como alimento eran los patos; la estación más importante era el periodo de seca, entre octubre y marzo, cuando había patos en enorme número. Algunas otras aves eran no migratorias, por lo que la cacería de aves era una ocupación de todo el año, que se intensificaba en invierno (*ibidem*: 350).

A la utilización prehispánica de redes, cerbatanas, *atlatl* o arcos con flechas se sumó el uso de armas de fuego empleadas por los españoles en la Colonia, para la caza de estos animales al vuelo, y se calculaba que en el siglo XVIII el consumo anual era de entre 900 mil y un millón de ellas al año tan sólo en la ciudad de México (*ibidem*: 351).

Ante este panorama, la renta de los terrenos pantanosos correspondientes a las jurisdicciones locales era una posibilidad importante de obtener recursos monetarios directos para los pueblos coloniales: “Huitzilopochco recibía 40 pesos al año en el siglo XVIII por la renta de aguas que se utilizaban para la cacería de patos” [...] (*ibidem*: 351), y tanto Iztapalapa como Culhuacan hacían lo mismo con sus derechos de aguas, por lo cual podemos prever que esta actividad fuera importante en el área de los cuatro señoríos durante la

época prehispánica, como parece afirmarlo la relación de Huitzilopochco con deidades acuáticas.

Otro grupo de productos asociados a las tierras inundables que fueron muy importantes económicamente eran los tules y zacates, empleados en diversas industrias como la de los petates y la ganadería, con mucho auge en la época colonial: “El zacate crecía todo el año en los lagos de poca profundidad y era sembrado y cosechado por los indios y vendido como forraje. Su producción dependía del comercio de canoas y se desarrolló especialmente entre los pueblos del lago, próximos a la capital, como Mexicalzingo, Culhuacan e Iztapalapa” (*ibidem*: 363).

Es muy probable que este cultivo y recolección de zacate para la alimentación animal fuera otra actividad importante para el indígena del Churubusco colonial, y que la recolección de tules para petates y cestería formara parte del repertorio utilitario de habitante de Huitzilopochco. A todo esto debo agregar la recolección de plantas acuáticas para consumo humano y como materia prima en la construcción y fabricación de utensilios.

Huitzilopochco fue, como muchas otras poblaciones de cierta envergadura, el centro de un mercado regional, aunque los datos son muy escasos. El mercado regional de Huitzilopochco, por la posición en una encrucijada importante, pudo contar con recursos de muchas biotas distintas de la cuenca y su asociación a importantes grupos de pochtecas pudo dar cierto brillo a su oferta, pero poco o nada conocemos de esa actividad.

Sabemos que el espacio del mercado prehispánico se encuentra definido mediante un muro que lo circunda, y que dentro del mismo existe por lo menos una casa de juzgados donde los pochteca asumen el cargo de jueces e inspectores (*pantlayacaque*) para evitar fraudes; había también un *momoztli*, donde por lo común se coloca el dios de los mercaderes y se le entregan ofrendas. De acuerdo con la importancia de la localidad y sus dimensiones poblacionales, se establecía la periodicidad de estos mercados: diarios, cada cinco días o incluso cada 20 (Cruz, 2001: 48-60).

Durante el siglo XVI el mercado de Churubusco cambió su periodicidad de cada 20 días a cada semana, adecuándose a los nuevos órdenes en 1563 (Gibson, 2007: 366) por lo cual podemos

esperar que durante el periodo prehispánico fuera un mercado regional de cierta importancia, pero sin llegar a la de los de los grandes vecinos.

Por otra parte, es sabido que los comerciantes indígenas de Churubusco y Xochimilco viajaban a Oaxtepec, Toluca y Oaxaca, para comprar fruta y otros productos y venderla en la ciudad, incluso comprando fruta verde y madurándola antes de venderla en la ciudad de México (*ibidem*: 368, 371).

Por su localización, Churubusco colonial era un importante punto de embarque de la ruta de canoas que transportaban por la acequia real los productos que provenían del sur de la cuenca de México, trayendo mercaderías de lugares distantes como Chalco o Mixquic (*ibidem*: 372). Esta característica fue muy probablemente una herencia del Huitzilopochco prehispánico, ya que las rutas apenas variaron en la región durante los siglos posteriores a la conquista y el transporte de mercaderías en canoa podía abaratar los costos de trasiego de mercancías, sobre todo granos, hortalizas y algunos bienes como madera, piedra y zacate.

La relativa independencia de las rutas lacustres de los árbitros e intereses españoles fue una de las características que permitieron su permanencia en el ámbito colonial. Así, las grandes canoas pudieron transportar productos desde diferentes regiones del sur de la cuenca, u ocupar los puertos dentro de las mismas, para ingresar a ellas y probablemente abaratar los costos de transporte del trasiego de los pequeños productores, que de otra forma no podrían acceder a los mercados por carecer de animales de tiro o encontrarse en regiones lejanas. Estas características permitieron el abasto regular y suficiente de la ciudad de México incluso en periodos críticos.

Una visión general sobre el estado de Churubusco hacia 1569 puede apreciarse en la descripción del arzobispado de México, Hernando Ortiz, quien así relata los pormenores de este pueblo de Huitzilopochco: “Tiene el dicho pueblo once barrios; es gente rica: viven unos de ir con sus caballos a pueblos donde hay fruta, y compranla allí para venderla en la ciudad: otros viven de hacer sal; otros de hacer canastas y cestos: otros de ser pescadores; otros de hacer loza que entre ellos se usa; otros tienen otras granjerías de cosas míni-

mas y de poca cuantía, como es el tequesquite y huevos, etcétera” (García, 1897: 225).

Existe una interesante relación entre muchos de los elementos antes expuestos como las canastas y cestos ante la condición de puerto de nuestro Churubusco colonial, ya que tanto ollas, como cestos y canastas serían bienes de embalaje útiles para el trasiego de mercaderías en un punto de confluencia de caminos terrestres y un puerto lacustre como este sitio. Otro elemento interesante es el uso de recuas para el transporte de fruta, seguramente ocupando las vías prehispánicas, convertidas en caminos de herradura que unían los valles de Toluca o Cuernavaca hasta este punto.

Poco menos de dos siglos después, en el *Theatro americano* de Villaseñor y Sánchez se hace una descripción muy atinada del estado que guardaba la encrucijada de caminos, entendiéndose sobre todo la relación entre el camino de tierra que unía a Churubusco con Mexicalzingo y el canal que permitía el tránsito lacustre desde regiones tan apartadas como Chalco:

A mas de las familias de indios ya dichas [102 familias de indios], y tratadas en tus pueblos, ay treinta de españoles y cuarenta y nueve de mestizos, y mulatos, y así unos trafican con frutos que llevan de aquella jurisdicción, que son mayzes, haba, cebada, frijol, y hortalizas, y como la compuerta principal, y llave de la laguna de Chalco esta en el puente principal de la cabezera, por ella entran en embarcaciones todos los frutos, que rinde, no solo la provincia de Chalco, sino también las de tierra caliente, introduciéndose todas las mieles, azucares, frutas y semillas y maderas, y otras cargas, que haciendo manción en Chalco, ahorran los fletes introduciéndolas por la laguna, hasta llegar al puente principal del palacio de México; porque en dicho pueblo se formó un cañon de las aguas de la laguna para la entrada a la ciudad y salida para la laguna de Tezcoco en donde desagua, corriendo de sur a norte hasta la ciudad, y de poniente a Oriente hasta la de Texcoco, cuyo manejo de aguas, por no averlas desde el principio tratado con económica política, y harmoniosa observación, no hacen la ciudad más hermosa, y con mas ahorros de sus propios y rentas.

Y como tránsito no es solitario el país de Mexicalzingo, si ameno en sus barrios por la vecindad



● Fig. 4 Glifo de Huitzilopochco en la Matrícula de Tributos.



● Fig. 5 Glifo de Huitzilopochco en el Códice Xolotl.

de las aguas, y fertilidad de arboledas, lográndose el acompañamiento en la encrucijada, que forman los dos caminos reales, el de las aguas, ya citado, y el de tierra, que viene por la calzada del llano de santa Martha, por ende de la de Puebla, y muchas otras jurisdicciones entran muchas recuas de cargas (Villaseñor, 1745: 62-63).

La descripción hecha de los productos dada el principio de esta nota agrega elementos para entender la producción agrícola en la zona de interés. Así, a los ya citados debemos agregar los prime-

rísimos maíz, frijol y hortalizas entre los productos nativos, y haba y cebada como productos introducidos por los castellanos.

Por otra parte, el hecho de que justo en el pueblo de Huitzilopochco se ubicara la compuerta principal de la ruta lacustre del sur de la cuenca hace del Churubusco colonial un punto de suma importancia en la mecánica de tránsito y embarque, y aún más en el abasto de la ciudad de México y de toda la región central de los lagos.

La ubicación de dicha compuesta en ese sitio es una herencia prehispánica, y atestigua la visión de los urbanistas que formularon disponer nuestra población en el espacio que aún detenta.

Un bosque de nombres

El glifo que sirve de nombre a Huitzilopochco está representado en documentos indígenas del siglo XVI como el Códice Mendocino (lámina 20), la Matrícula de Tributos (lámina 4) (fig. 4) y el Códice Xolotl (láminas IV, V, VI, VII) (fig. 5), entre otros. Los dos primeros refieren los tributos entregados a Tenochtitlan como parte de la Triple Alianza, y en ellos Huitzilopochco es incluido en el grupo que compone la provincia tributaria de Petlacalco, una de las más importantes del *excan tlatocayotl* (Chimalpain, 1989: 7).

El glifo experimenta cambios interesantes, pues mientras en las láminas del Códice Xolotl es representado con la cabeza del colibrí saliendo de una olla (cuadrantes 5D, 5D, 4C y 5E, respectivamente para las láminas IV a VII), en la Matrícula de Tributos aparece como un pájaro (identificado como colibrí Huitzitzilin) posado sobre un círculo. Para terminar, en el Códice Mendocino se plasma como un colibrí volando (probablemente del tipo Quetzalhuitzitzilin) sobre el campo azul del mismo círculo.

La referencia del curioso animal sobre el círculo azul, o emergiendo de una olla, en términos generales puede connotar el agua del sur, aunque su relación también puede albergar significados relacionados con lo sagrado. Es importante acotar que el círculo azul no es un equivalente del glifo del agua, pero en este caso se ha interpretado de esa forma. Mientras las ollas, como veremos des-

pués, sí encuentran una relación con el sitio de Huitzilopochco. El propio nombre de Huitzilopochco sufre un cambio asociado con el paso de los mexicas por el lugar, de acuerdo con los informes recibidos por Sahagún sobre la última parte de la peregrinación de aquéllos:

151. Y de ahí un cerro que llaman Tepetocan, que es junto a Cuyuacan y de allí vinieron camino a Huitzilopochco, que es a dos leguas pequeñas de México, el cual pueblo se llamaba Ciavichilat en lengua de los chichimecas, porque de ellos estaba poblado, los cuales chichimecas tenían por dios a Opuchtli, que era dios del agua.

152. Y este dios del agua, topó al indio que traía el maxtle y la manta de Huitzilopochtli y como lo topo, le dio unas armas, que son con las que matan los ánades y una tiradera.

153. Y como Huitzilopochtli era izquierdo, como este dios del agua, le dijo que debía ser su hijo, y se fueron muy amigos, y mudóse el nombre al pueblo de se toparon, que como primero se llamaba Uichilatli de allí en adelante se llamó Huitzilopochco (Garibay K., 1995: 47).

De tal manera que tal vez el primer nombre conocido de Churubusco fue Ciavichilatli, calificativo sin traducción por pertenecer a la lengua chichimeca de sus pobladores, y que terminó como Uichilatli, población cuyo dios tutelar era Opuchtli de manera que podría, al reunirlo, tener un Uichilatli-Opuchtli que terminaría siendo un Huitzilopochco.

Dos son los documentos pictográficos que hablan del tránsito mexica por Huitzilopochco. La placa VI del Códice Xolotl hace referencia al paso de los mexicas por ésta, los señoríos culhuas y la desestabilización que causó su paso por esta parte del territorio de la cuenca. En dicha placa se menciona una serie de sitios que incluyen a Huitzilopochco y podemos ver el glifo de un lugar desconocido bajo el de este último, identificado como un árbol con agua en el pie:

[...] el tlacuilo pintó un conejo entero sobre el cerro de Chapultepec, lo tomaremos como indicación del año. Así, pues, por el año 1 Tochtli (1246) vinieron a la región de Chapultepec y Culhuacan. Se trasla-

daron a Iztapalapa por el rumbo de Uixachtecatl (Cerro de la Estrella). Luego fuéronse al lugar llamado Mexicalzinco. Después a otro lugar del lago, Huitzilopochco. Boban (I: 138) llama al siguiente lugar Huexotla, cuyo glifo consiste en un árbol con agua al pie. Sin embargo, el árbol difiere del sauce que indica Huexotla junto a la laguna para llegar a un lugar que les dio Aculhua (señor de Azcapotzalco) (Códice Xolotl, 1980: 67).

En el documento aparecen todos los glifos de sitios que marcan el periplo precedidos por puntos, menos el referente a Huitzilopochco y el del árbol. En el marco de la especulación, este curioso detalle podría deberse a la simple falta de espacio para colocar esta división, o que estos sitios se encontraban cercanos o dentro del mismo, e incluso que fueran los nombres de la misma población cuyo nombre se mudó tras de estos eventos. La presencia de árboles y agua en su pie no sería difícil de encontrar para un sitio como Huitzilopochco, y la falta de una referencia al nombre Chichimeca de Huitzilopochco nos permite hacer esta pobre analogía.

El segundo documento es el Códice Azcatitlan (1995), depositado actualmente en la Biblioteca Nacional de Francia, en el cual se narra en forma detallada la migración mexica desde Aztlan y su posterior establecimiento en México Tenochtitlan. En la lámina XI (después 14, pp. 20-21) se narra la última parte de la huida de los mexicas desde Chapultepec y su estancia entre los colhuas, su apoyo en la guerra contra los xochimilcas y su nueva evasión de estos territorios.

En el extremo izquierdo de esa lámina se encuentra un templo de cuatro niveles con la cabeza de un colibrí que emerge de su cúspide y el glifo del agua saliendo de su base; una línea marca el camino de los peregrinos y pasa de este primer punto hasta el cerro curvo de Culhuacan, llevándolos hasta un edificio frente al cual se encuentra un personaje con atuendo de serpiente.

El pasaje que nos interesa parece narrar el tránsito de los mexicas hasta Culhuacan, pasando primero por Huitzilopochco o Huitzilatl, como parece indicar el templo del colibrí sobre el agua, para finalmente llegar a la capital de los señoríos culhua.

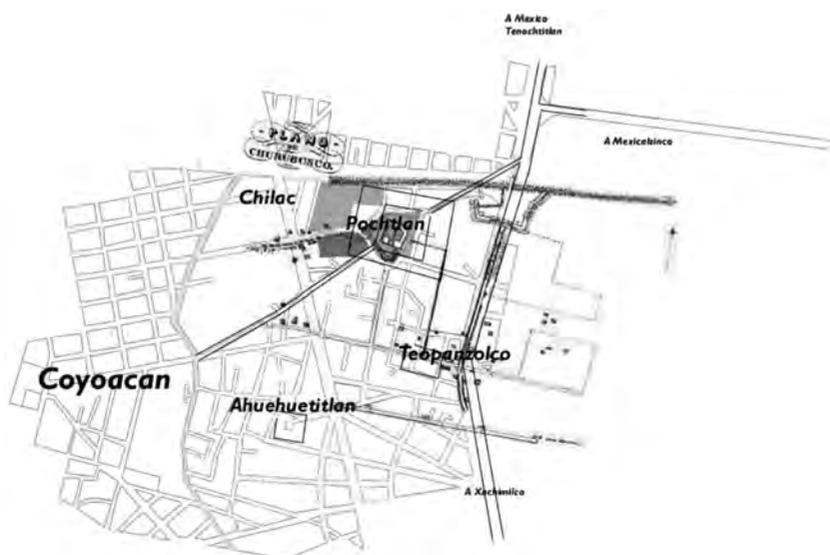


Fig. 6 Plano reconstruido de Churubusco con las localizaciones aproximadas de los barrios más importantes.

Durante la Colonia, como en muchos otros casos, el nombre de Huitzilopochco fue transfigurado y modificado en muchas ocasiones; así, de acuerdo con Peter Gerhard, (1986:183-184) Huitzilopochco se transforma a Ocholopusco, y en 1743 en Choloposco para convertirse en Churubusco en 1792, aun cuando este nombre ya venía usándose en algunos documentos durante toda la Colonia.

En 1569 el poblado tenía once barrios y tres estancias, todas ellas localizadas a una distancia máxima de media legua de la cabecera; las estancias sobrevivieron al menos hasta 1697, transformadas en visitas pero incorporadas a Mexicalzinco, su vecino al oriente. Los nombres de dichas estancias son: Asunción, San Juan Nextipac y Santa Cruz (Gerhard, 1986: 184).

En el siglo XVIII el padrón del pueblo de San Mateo Huitzilopochco (Navarro, 1909 : 604) maneja la siguiente lista de barrios (fig. 6): Barrio de la Santísima Trinidad de Tzapotlan; Theopanzolco (barrio donde se encontraba la iglesia original del poblado); barriecito de San Miguel Ahuehuetitlan; barrio nuevo de Thegpanzolco (¿Teopanzolco?); Barrio de San Pedro Cotzotlan; Barrio de San Juan Jerusalén (¿?); Barrio de Santa María Pochtla, y Barrio de San Juan

Theocolhuacan (antes Hueicolhuacan).

Algo de la historia de Huitzilopochco

Las crónicas e historias sobre la caída de la Tula de los toltecas narran desastrosos acontecimientos que afectan a una dilatada región del altiplano mexicano, des poblando y afectando la integración política y económica de esta importante área. Entre los escasos núcleos de población que sobrevivieron encontramos a Culhuacan y Azcapotzalco,

sitios donde algunos sobrevivientes toltecas buscaron refugio entre los lugareños.

Así, en su itinerario de salida algunos refugiados llegaron a Azcapotzalco cuando reinaba Tzihuactlactonac: “Ahí dejaron a dos ancianos toltecas, Xochiolotzin y Coyotzin, que dieron al rey un comal de plata, por quedarse a su lado. Se fueron los toltecas a pasar por Chapoltepec, Huitzilopochco y Colhuacan; y a pasar por Tlapehuacan y Cuauhtenco [...] (Códice Chimalpopoca, 1975: 14-15); este grupo de refugiados siguió su camino a Cholula, Teohuacan y Cozcatlan, de acuerdo con la misma fuente.

La afirmación del paso de estos hombres por Huitzilopochco sitúa la existencia del asentamiento ya hacia los siglos X-XI d.C., haciendo de éste una población muy longeva (con cerca de diez siglos) entre las existentes en la cuenca de México. La llegada de grupos comandados por Xolotl, pocos años después de la caída de Tula, cambió el panorama de la cuenca, aunque los numerosos recién llegados tuvieron un largo proceso de aculturación.

Pocas son las menciones que se encuentran sobre el territorio que comprende Huitzilopochco entre los años en que los reyes chichimecas se adueñan de la cuenca y Texcoco y Azcapotzalco

luchan por apoderarse de los restos del gran imperio chichimeca.

En 1338, Techotlalatzin, señor de Texcoco, fundó unas cortes (las segundas creadas) que reunieron 73 reyes de toda la cuenca de México, entre ellos al propio Tezozomoc, quien alcanzara fama como señor (y tirano) de Azcapotzalco. En esas cortes Cuitlahuatzin funge como rey de Iztapalapa, dejando a Quetzalya como señor de las otras tres poblaciones culhua de Huitzilopochco, Culhuacan y Mexicalzingo (Ixtilxochitl, 1985: 324) —no sabemos si porque Huitzilopochco y Mexicalzingo aún no cuentan con el grado de señoríos o por una cuestión política fuera de nuestro entendimiento—. El hecho es que para entonces, a mediados del siglo XIV, las poblaciones que conformaran en algún momento el grupo conocido como los Nauhtecutli del sur, y el propio Huitzilopochco en lo particular, reconocían a Texcoco como su superior.

La muerte de Techotlalatzin implicó un periodo de ajustes en los poderes de la cuenca, y con la erección en el mando en Texcoco de (Huehue) Ixtilxochitl, Tezozomoc señor de Azcapotzalco toma la ofensiva, ocupando para ello una confederación de pueblos vasallos, amigos y deudos, entre ellos:

Los Mexicanos y Culhuas toltecas, y los de Totiquihuaztli, primero de ese nombre, cuarto señor de Tlacopan; los del señor de Xochimilco, de Cuitlahuac, Mizquic, Cuitlahuatzin; los de Iztapalapan, Mexicalzingo y Huitzilopochco y Coyoacan. Y juntos en un lugar llamado Aztahuacan secretamente, sin que los de Ixtilxochitl supieran cosa ninguna, en la madrugada dieron sobre unos pueblos y estancias del señor de Iztapalapan [...] (*ibidem*, 1985: 324).

La alianza describe una amplia zona del sur, poniente y la península de Iztapalapa, incluidos los señoríos reconocidos como culhua, asociando a Huitzilopochco con Coyoacan su vecina inmediata al poniente, que formará posteriormente un importante enclave tepaneca. Esta alianza tepaneca, encabezada por Maxtla, terminaría por dominar al reino de Texcoco dando muerte a Huehue Ixtilxochitl, padre de Nezahualcoyotl. Durante el

imperio tepaneca Huitzilopochco siempre estuvo de su parte, brindando su lealtad a Tezozomoc, primero, y luego a Maxtla. Pero el pequeño Nezahualcoyotl, sucesor en la línea de los soberanos acolhuas, crece al amparo mexicana y se constituye en un peligro para Azcapotzalco.

La creación de la alianza entre los mexicas (de Tenochtitlan y Tlatelolco) con los pocos fieles de Texcoco, y la velada incorporación de los de Tlacopan, termina por decidir la suerte de Azcapotzalco ya gobernado por Maxtla. Huitzilopochco entonces se convierte en una de las poblaciones asoladas durante la guerra que terminaría con el imperio tepaneca.

Poco después de la toma de Azcapotzalco, y de la muerte de Maxtla en el fatídico año de 1428 “[...] prosiguieron con su ejército asolando con el mismo rigor las demás ciudades más principales del reino de los tepanecas, como fueron Tenayocan, Tepanoaya, Toltitlan, Quiahtitlan, Xaltocan, Huitzilopochco y Culhuacan; y las demás ciudades, pueblos y lugares de este reino, que aquí no se hace mención se rindieron y se dieron en paz” (Ixtilxochitl, 1977: 80).

De la anterior referencia se puede destacar el tratamiento dado a Huitzilopochco como una “ciudad” importe del imperio tepaneca, y sin duda su emplazamiento —en un cruce de caminos— permitió ganar un espacio importante no sólo a nivel local, entre los pueblos vecindados en la península de Iztapalapa, sino a escala regional por su posición en relación con Azcapotzalco. Es probable que ese momento histórico (el del imperio tepaneca) fuera particularmente importante para Huitzilopochco.

De acuerdo con Alva Ixtilxochitl (1985: 384), Nezahualcoyotl sujetó en ese año de 1428 una larga serie de señoríos, entre los que se menciona a Huitzilopochco, junto con la crema del imperio tepaneca, declarando así que las fuerzas acolhuas realizaron estas acciones de guerra; la cuestión parece afirmarse por el hecho de que los mexicas no alardean de esta conquista.

Para 1431, y después de la coronación de Nezahualcoyotl como señor de Texcoco y chichimeca *tecutli* “repartió (este) toda la tierra, lo que estaba ganado y por ganar, en cinco partes; de las cuatro la mitad tomo para sí, y la otra mitad para

su tío el rey de México igualándole a él en señorío y la quinta parte al de Tlacopan” (*ibidem*: 444).

La repartición de los territorios conquistados entre las tres nuevas potencias de la cuenca (Texcoco, Tenochtitlan y Tlacopan) implicó un acuerdo que parece sencillo en lo general, dejando el territorio al sur de Tenochtitlan a cargo de ésta, sobre todo el área compuesta por los cuatro señoríos colhuas. Pero en lo particular esa repartición es más compleja, pues la conquista de Huitzilopochco por parte de contingentes texcocanos implicaba entreverar los territorios y compartir tributos al menos entre Tenochtitlan y Texcoco (Carrasco, 1996: 47-58).

Aunque los datos sobre la recomposición en la nueva estructura tripartita son escasos para Huitzilopochco, cada una de las potencias tenía definidos los tributos que recogía de las áreas dominadas; sin embargo, en algunas provincias el tributo generado se compartía. Lo mismo pasaba en los terrenos repartidos con derechos sobre el goce de los productos obtenidos, ya sea de manera particular a guerreros destacados o nobles, o como tierras del estado asignadas a cada una de las tres cabeceras del imperio (*ibidem*: 53).

Parece ser que Huitzilopochco formaba parte del Calpixcazgo de la Chinampan que tributaba a Texcoco aun cuando formara parte de los territorios asignados a Tenochtitlan, esta situación probablemente era la imperante en muchas otras poblaciones.

La posición de Nezahualcoyotl frente al problema de la colocación de nuevos cargos en pueblos recién conquistados ganó frente a la de otros miembros de la alianza e implicaba la restitución en sus cargos de señorío a unas treinta poblaciones, aprovechando el poder político y las heredades culturales de los recién incorporados al nuevo estatus.

Por desgracia no existe una lista completa de los nombres de esos treinta pueblos, y seguramente a lo largo de la historia de la alianza tripartita el número de entidades cambió y se fueron transformando en función del crecimiento del llamado imperio, como es de esperarse en este muy cambiante mundo.

Sólo existe una lista completa de los catorce o quince señoríos que conformaron la parte texcocana de la alianza, pero es posible reconstruir los

16 que corresponden a otras dos cabeceras a partir de los estudios realizados por Pedro Carrasco acerca de la estructura político-territorial del imperio tenochca (Carrasco, 1996); entre ellos destacan los cuatro señoríos encabezados por Culhuacan, donde se encuentra Huitzilopochco. No obstante, esta aseveración, existen indicios de que el señorío recayó en manos de un gobernador militar mexicana, como veremos más tarde.

Aunque Alva Ixtlilxochitl menciona la toma de Coyoacan por las contingentes acolhuas, las fuerzas tepanecas remanentes se concentran en este último sitio; con ello Huitzilopochco se convirtió en frontera de guerra, y toca a los tenochcas defender y hacer frente a los últimos vestigios del imperio tepaneca.

Maxtlaton, un tepaneca de gran importancia, y Cuecux, señor de Coyoacan, intentaron instigar a la revuelta contra la alianza tripartita a los vencidos tepanecas, pero no osaron revelarse. Entonces cambiaron de estrategia e intentaron una confederación con los poderosos pueblos del sur de la cuenca (xochimilcas, cuitlahuaques y chalcas) a favor de Coyoacan, maniobra que tampoco cuajo a su favor. Mientras el señor de Coyoacan, en una actitud que pareciera desesperada, decide comenzar las acciones que desembocarían en la guerra contra Tenochtitlan, rompiendo relaciones comerciales con dicha ciudad y cortando el camino entre los ricos valles de Toluca y Tenochtitlan.

Y así dende algunos días iban las mujeres de los mexicanos cargadas con pescado y ranas, izcahuite y tecuicatl, axayacatlaxolin y patos para vender en Cuyuacan, y las guardas que allí estaban vistolas tomaronlas todo lo que llevaban a vender a Cuyuacan. Por las indias este agravio y fuerza de las haber quitado forçiblemente lo que llevaban a vender, se volvieron a Tenuchtitlan llorosas y quejosas [...] Sabido por los mexicanos principales el agravio que continuamente recibían las mujeres mexicanas, mandaron a todas ellas que jamás volviesen a Cuyuacan, una, ninguna de ellas jamás evitando con ello agravios de ellos [...] (Tezozomoc, 1987: 256).

Las guardas mantenidas en los linderos de las fronteras se aprestaron para la guerra y Coyoacan pidió apoyo de los pueblos de la zona serrana,

Atlapulco y Xalatlauco, que de inmediato respondieron negativamente a sus súplicas de ayuda militar. En cuanto a las embajadas en los poderosos señores de los lagos sureños:

Fue el mensajero Zancayatl Teuctli, y Tecpanecat Teuctly y estos con esta embajada. Oída y entendida, el señor de Culhuacan, Xilomatzin, respondió somos nosotros contentos de ello: porque con este propio recelo estamos: id con esta misma embajada a Xochmilco, y mirad lo que responde. Llegados a Xochimilco explicaron su embajada al rey Tempamquizqui y respondió que le placía a él, y a todos sus vasallos, y que viniesen y e juntasen todos en Chalco en la casa el rey Cacamatl. Y con esta resolución volvieron y fueron a Cuitlahuaca al rey Tzompantecutli explicada su embajada dijo: ¿Qué determinan los principales de Coyoacan y Xochimilco? Dijeron estar conformes y hecho concierto se han de ver y hablar juntos en Chalco para traza y orden (*ibidem*: 258).

La inclusión de Culhuacan entre los complotados fue el eslabón débil de esa cadena, pues con la muerte de Xilomatzin y la instalación de Nezahualcoyotl (homónimo del señor de Tezcoco) la balanza se movió al lado de los tenochcas. Otorgándole a este último gobernante características de gran nigromántico, tal decisión desbarató la alianza tepaneca propuesta en la reunión del palacio y casas del señor Cuazeotl y Teneociuhcutli de Chalco, donde la posición definitiva era retirarse de la guerra y dejar a los tepanecas solos.

El siguiente movimiento de los tepanecas fue invitar a la flor y nata de la cúpula guerrera tenochca, incluido el propio Itzcoatl (tlatoani mexicana), a una comida con la velada intención de una traición. Aprovechando que las labores diplomáticas infructuosas eran ya del conocimiento enemigo, y con la intención de terminar de un solo golpe con el conflicto.

Pero la astucia de los tenochcas fue mayor al no enviar al tlatoani a esta peligrosa reunión y sólo presentarse a la comida un grupo de soldados presidiados por Tlacaelel.

Después de comer, en lugar de rosas y otras cosas olorosas que suelen dar a los convidados, el señor

de Coyoacan envió a los principales de México a cada uno unas ropas y atavíos de mujer y poniéndolos delante los mensajeros les dijeron: Señores, nuestro señor manda que os vistamos de ropas femeniles, porque hombres que tantos días aquí hemos incitado y provocado a la guerra, están tan descuidados. Ellos no pudiendo entonces hacer menos, se dejaron vestir, y en vistiéndoselas los enviaron a su ciudad vestidos con aquellas ropas afrentosas de mujeres (*ibidem*: 54).

La ira de Itzcoatl no se dejó esperar, mandando cerrar los caminos entre Tenochtitlan y Coyoacan, cuyos linderos terminaban en Huitzilopochco, y matar a todo aquel que intentara cruzarlos ideando un plan del todo fuera de lo común:

[...] pues ellos nos han hecho esta burla, bien sería que antes de la guerra la paguen con otra peor: ya sabéis cuán golosos son de las viandas que se dan en nuestra laguna, lleven las guardas patos, ánsares, pescados y todo género de cosas que se crían en la laguna que ellos no alcanzan y desean mucho, y allí a sus puertas asen, tuesten y cuezan de todo esto para que entrando el humo en su ciudad, que con el olor malparan las mujeres se descrién los niños y enflaquezcan los viejos y las viejas y mueran de dentera y deseo de comer lo que les es vedado. Cuenta la historia con mucho escarnecimiento que poniendo por obra el mandato del rey de México, llevaron gran cantidad de estas cosas a los términos de Coyoacan, y era tanto el humo que llegaba por las calles y hacia malparir a las preñadas y daba cámaras a muchos y a los que esto les acaecía se les hinchaban los rostros y pies y manos de que morían (*idem*).

Este episodio de guerra psicológica es único en los que conocemos sobre la guerra indígena, y sin duda se desarrolló en los linderos entre Huitzilopochco y Coyoacan; considerado el primero como territorio tenochca, era sin duda el primer poblado rivereño (de chinampa) al que tendría acceso Coyoacan y el único que le podría brindar esos recursos. Es interesante que se hable del tráfico de recursos lacustres entre Tenochtitlan y Coyoacan, cuando la distancia perjudicaría este intercambio al contar con esos mismo bienes en Churubusco, prácticamente a unos cuantos pasos.

La suerte de los de Coyoacan estaba echada y el resultado era fácil de definir: solos, rodeados y sitiados como debieron encontrarse. Los contingentes embarcados en la guerra parecen proceder de un reducido grupo de pueblos aliados de los tenochcas, sin involucrar a los otros miembros de la alianza.

Para entonces Huitzilopochco parece convertirse en un puesto de avanzada de las fuerzas tenochcas. Por su parte, las tropas de Cuecux y Maxtlaton terminaron vencidas por un ataque lateral encabezado por el propio Tlacaelel. Las descripciones que tenemos de tal batalla, que terminó dando la victoria al bando de Izcoatl, describen un paraje donde la vegetación predominante son los carrizales, además de una planicie en la cual se instaló una atalaya de guerra y un mirador.

Por este breve tiempo (algunos meses acaso) Huitzilopochco se convirtió en frontera de guerra y en el límite sur del imperio; su posición como cruce de caminos al oriente en la calzada de Izta-palapa, al sur rumbo a Xochimilco y al poniente hacia los valles de Toluca, da a la población un carácter que ya había logrado en su relación con Azcapotzalco.

Años después, con la caída de Xochimilco y la construcción de la calzada que lo uniera con Tenochtitlan, se estableció un puente terrestre que convirtió a Huitzilopochco en una especie de puerta sur a Tenochtitlan. La población ribereña era la última antes de cruzar la calzada y, como vemos, siempre fue un importante cruce de caminos; esta nueva composición, en la que convergen vías más expeditas y antiguas rutas lacustres, debió impactar en Huitzilopochco como posesión de los tenochcas, generando nuevos niveles de dinámicas económicas regionales de las que se benefició la población.

A la muerte de Izcoatl la correlación de fuerzas aún es difícil para los tenochcas, ya que en la región existen poderes que, como mínimo, igualan el de ellos, como Tlatelolco y Chalco. Por tanto, en 1446 Moctezuma Ilhuicamina pretende doblegar a los chalcas y los enfurece exigiéndoles tributo para la construcción del templo a Huitzilopochtli, con lo que se inicia una larga y penosa guerra.

Si bien para los chalcas eran “habladas de Huehue Moctezuma y el Cihuacoatl Tlacaeletzin”

(Chimalpain, 1982: 98), reconocen que los tenochcas tenían posesiones en territorios de Chalco (Cohuapan), probablemente en el sistema de entreceramiento de tierras.

En esa época Huitzilopochco cuenta con gobernador militar mandado desde Tenochtitlan, Huehue Zacatzin, quien contaba con el cargo de Tlacatecatl, era hermano menor del Tlatoani de Tenochtitlan, pero al realizarse la construcción de la vieja albarrada en la laguna de México:

250. Cuando todos trabajaban, el Tlacatecatl huehue Zacatzin, andaba canta y canta, tañe y tañe el atabal, lo que llegó a oídos del rey Moctezuma ilhuicamina, quien inmediatamente preguntó: ¿Quién canta y tañe tanto, con el atabal que se hoye de por allá? Respondiéndosele: Es él tu gobernador, el Tlacatecatl, Huehue Zaca; y al punto dijo nuevamente el rey Moctezuma: ¿Qué es lo que dirán las gentes de Centonahuac, los costeños, al oír que cuando vinieron todos a trabajar aquí nos puso en vergüenza este perezoso? ¡Id a quemar al grandulazo inmediatamente!; por esto al punto se le fue a dar muerte, a quemarle su casa, a Zacatzin [...] (Tezozomoc, 1992: 132-133).

La existencia de gobernadores militares colocados a la caída de los señores legítimos derrocados por la fuerza de la triple alianza (como conquista o represalia a una sublevación) parece ser el tratamiento normal dado a los pueblos pertenecientes al imperio por la parte mexicana. Poblaciones importantes como Tlatelolco sufrieron ese trato durante largos periodos, y Huitzilopochco pudo haber tenido este tipo de gobernadores militares desde su incorporación al imperio con la caída del tepaneca.

Bajo ese reinado se sufre en el altiplano una sequía que provoca hambre generalizada:

[...] llamaron a esta hambre y mortandad *Nezetocho huiloc*, otros llamaron y pusieron el nombre *Netonacahuiloc*, contra la peste de las costas de Cuetaxtlan, y fue tan grande la sequía que hasta los ríos caudalosos se secaron y la fuentes y manantiales; todos los árboles, plantas, magueyes y tunales se secaron de raíz, y esto fue causa de que ocho partes de mexicanos se fueran y disminuyeran a extrañas

partes y lugares: y no solamente los mexicanos, sino también los pueblos vecinos y comarcas como Azcaputzalco, Tacuba, Cuyuacan, Culhuacan, Huitzilopochco, Mexicalzinco, Iztapalapa, Chalco, Texcoco y los demás aculhuaques; de todo género de indios se disminuyeron, que jamás volvieron a su natural patria [...] (Tezozomoc, 1987: 368).

Como vemos, Huitzilopochco sufrió este fenómeno aun pese a contar con el agua de los manantiales que la separan de Coyoacan.

Durante ese mismo reinado se llevaron a cabo las guerras contra los de Coaixtlahuaca, causadas por la muerte de mercaderes mexicanos que ingresaban a sus plazas y fungían las veces de enviados comerciales, embajadores y desde luego espías, por lo que muchas veces eran denunciados e incluso muertos, ocasión que los tenochcas aprovechaban para declarar la guerra por estos agravios: “Luego fue pregonada la guerra por todas las ciudades de Chalco, por todas las de Texcoco e Iztapalapa, Culhuacan, Mexicalzingo, Xuchimilco, Huitzilopochco, Cuyuacan, Tacuba y Azcaputzalco y toda su provincia, Tulan, Matlatzinco; de donde se juntaron tantas y tan innumerables gentes que cubrían el suelo, y fue tanto el aparato de guerra que para esta entrada se juntó, cuanto que ninguna de las demás se había juntado” (Durán, 1984: 186).

Esta situación se debe a la inclusión de los miembros de la Triple Alianza en las acciones contra Coaixtlahuaca, alianza donde se unen la mayoría de los pueblos considerados como asignación propia de los tenochcas; así vemos por primera vez contingentes de los Nahuhtecutli, Xochimilco y Chalco, junto con tropas de Texcoco y Tlacopan y los pueblos por ellos dominados. Y por primera vez se menciona claramente la obligación e invitación al combate para las tropas de Huitzilopochco, como parte de los contingentes de la alianza en pleno.

En esta misma tónica, durante el reinado de Axayacatl los de Tenancingo, amagados por los de Toluca y Matlatzingo, fueron a pedir socorro a los tenochcas:

[...] puestos estos en orden salieron con la misma ordenanza hacia la ciudad y llegados a un lugar que

se dice Cuauhpanohuayan, descubrieron a los matlatzincas que venían en la misma ordenanza y adelantándose el señor de Toluca con sus hijos y algunos señores, todos bien armados de corazas, a su modo, y espadas y rodela, y puesto como un tiro de piedra de los mexicanos, les dijeron:

¿Qué es esto mexicanos? ¿A que ha sido vuestra venida? ¿Quién os fue a llamar? ¿Venís a vender vuestras vidas? Engañaos debéis de venir: no debéis de saber el valor de los matlatzincas. Alguna persona divina os encaminó acá para que todos quedaran acá. No sabéis que no tenemos igual, ni ha fuerzas que nos sobrepujen.

Los mexicanos, oyendo estas palabras, casi como atemorizados, los mas principales y generales de los ejércitos pidieron al rey Axayacatl que hiciese una plática a todo su ejército, el cual (rey), como era mozo y de poca edad, no quiso por su propia persona hacerla, pero encomendóla a los viejos y ancianos que de su parte la hiciesen. Y estando él presente junto al retórico que hacia la plática por dar autoridad a sus palabras, le dijo de esta manera:

Ilustres mexicanos, texcocanos, tepanecas y chinampanecas y las cuatro señorías de Culhuacan, Iztapalapan, Mexicalzingo y Huitzilopochco, que presentes estáis y habéis venido a favor de la corona real y a ayudar a los tenanzincas, sabed que sois aquí venidos al repartimiento y obra servil de la muerte, y si no lo advertisteis cuando salisteis de vuestras casas y dejasteis vuestras mujeres e hijos, advertirlo ahora que la tenéis presente, y no osara de nuevo, pues sois soldados viejos y experimentados en semejantes guerras, pues habéis vencido en muchas.

Levantad de nuevo los ánimos, ¿de qué os tiembla vuestro corazón que parece que se os quiere salir del cuerpo y estáis todos descoloridos? ¿Erais por ventura más ayer que hoy? Salid correr, arremeted, mostraos hombres valientes y esforzados y no mujerieles. ¿Para qué sois? Vended vuestras vidas. ¿Qué? ¿Habéis de vivir para siempre? Y muriendo hoy antes que mañana, mas aina se os acabara el trabajo y miseria de esta vida e iréis a descansar a la otra, no penséis otra cosa, ni se os ponga otra por delante, sino que en este punto habéis de morir o vencer (*ibidem*: 270).

Con la información anterior, parece que los tenochcas adoptaron esta estructura de apoyos

militares de la Triple Alianza (en conjunto con los dos grandes grupos dominados por ellos en el sur de la cuenca) a partir de su expansión en el área con el reinado de Moctezuma el viejo, pero es probable que los Nahutecutli fueran “invitados” desde mucho antes. Lo cierto es que en más de una ocasión las fuerzas de la alianza vieron caminar a su lado a contingentes de Huitzilopochco y los cuatro señoríos.

Se ignora el tamaño y orden de estos contingentes, pero sin duda constituían una parte de las obligaciones como tributarios de parte de los dependientes de Tenochtitlan, y para estos pueblos—incluyendo Huitzilopochco— podía representar la obtención de riquezas y tierras asignadas como parte de las victorias militares. Entonces Huitzilopochco no desempeñó una posición de aliado como la detentada anteriormente con Azcapotzalco, desde el principio de la alianza tepaneca, sino se fue creando como una obligación para con Tenochtitlan.

Un importante detalle es que de los hijos de Huehue Zacatzin, aquel hermano de Moctezuma Ihuilcamina muerto por él y que fungía como gobernador en Huitzilopochco, Tzontemoc se convirtió en tlacatecatl de Axayacatzin, y Huitzilatzin, considerado enfermizo, fue entronizado en Huitzilopochco “habiendo comenzado el reinado de allá con él, que lo asentó por rey de allá Axayacatzin, rey de Tenochtitlan; según se dice y opina, anteriormente nadie fue rey de allá, tan solo así estaban, y únicamente eran tostadores de gentes los huitzilopochcas” (Tezozomoc, 1992: 133).

No conocemos las reales transformaciones que pudieron devenir de este hecho pero la reinstauración del señorío en Huitzilopochco debió influir en su poder y en las prerrogativas políticas de la población, además de que en el cargo se designa a una parte de la familia del propio Tlatoani de Tenochtitlan, cuestión que debió influir en la posición política de Huitzilopochco.

Debemos hacer un salto de algunas décadas para ver a Huitzilopochco inmiscuido en alegatos políticos y militares de la desdichada guerra entre Tenochtitlan y Tlatelolco (1473). Los antecedentes del conflicto se relacionan con las actividades de esas dos ciudades en la década de 1460, cuando Tlatelolco realiza un gran esfuerzo bélico tanto

en las campañas por doblegar las provincias de Chalco y Tepeaca como en su triunfo (particular) sobre la región de Cotaxtla, enclavada en el centro del actual estado de Veracruz.

Dicha región incluía una serie de poblaciones de la sierra veracruzana, como Teoizhuacan, Quimichtlan y Ahuilizapan (actual Orizaba), y junto con la entonces recién conquistada Cuauhtuchco conformaban un área que incluía desde la extremadamente fértil montaña hasta las costas del Golfo de México, una de las más ricas productoras de algodón en el mundo prehispánico y la primera salida al mar para los grupos del altiplano.

El impacto del dominio de un área como esta influía en la calidad y cantidad de los productos ofertados en el tianguis de Tlatelolco, incrementando el prestigio del mismo en todo el altiplano. Tal vez sea ésta la razón de la presencia de Huitzilopochco en el conflicto, dada la conocida importancia del grupo de comerciantes oriundos de la ciudad.

En la guerra Tlatelolco-Tenochtitlan, cuya duración fue de cinco años, ente los más importantes aliados del primero figuran Azcapotzalco y Tenuyuca, ligados por lazos entre las familias reinantes desde la fundación de la ciudad del famoso tianguis. Sin embargo, por las represalias al final de la guerra impuestas por Azayacatl, señor de Tenochtitlan, contra los aliados de Moquihuitzin, señor de Tlatelolco, sabemos que la lista de aliados de este último era mucho más larga, e incluía señores de tres poblaciones al sur de la cuenca: Xilomatzin de Culhuacan; de Cuitlahuac, Zoanemmitl y Tlatlatl, pues en esta población el poder radicaba en una dualidad, y Quauhyacatl señor de Huitzilopochco (Ixtililxochitl, 1985, t. II: 141), personajes que pagaron con la vida su osadía, mientras los pueblos probablemente sufrieron un estrangulamiento mayor en tributos y obligaciones impuestos.

Aunque no alcanzo a entender las razones de embarcarse en esta aventura con Tlatelolco, comprendo que Moquihuix tenía credenciales de luchador y guerrero hábil e incansable y que la ciudad que señoreaba contaba con relaciones comerciales inigualables para entonces, con lo que un trato comercial entre ambas podía generar un cambio de bando.

Por su parte, dos de los cuatro Nauhtecutli se encontraban representados en esta conspiración contra Tenochtitlan, lo que permite entrever que las relaciones entre ellos y los mexicas no fueron del todo gratas y la alianza con un Tlatelolco victorioso podría haber cambiado los gravámenes impuestos a Huitzilopochco.

También podemos ver una sucesión en los señores que encabezaron el poder en Huitzilopochco. Teniendo primero a Huitzilatzin y luego a Quauhyacatl, no sabemos de alguno intermedio y no existe una fuente que de la línea completa de los mismos, pero la intromisión del último en la guerra mencionada puso en peligro la sucesión, si no es que obligó a Huitzilopochco a tener de nuevo un gobernante militar.

A pesar de la desgraciada conflagración, y una vez entronizado en Tenochtitlan, Ahuizotl daría el pregón de guerra como sus antepasados, pero esta vez contra la provincia de Chiapa y la Huasteca, incluyendo contingentes de Huitzilopochco junto con las otras Nauhtecutli. Durante la campaña contra los huastecos:

Partieron [los mexicanos] de Huauchinango toda la gente muy en orden. Llegaron a los términos de los huastecos, donde asentaron su real. Y muy en orden, cada nación y cada provincia aparte, acompañados con sus reyes y señores. Donde luego mandó el rey que fuesen sus exploradores y corredores de tierra, para que la considerasen y viesen los reparos que los huastecos tenían y por dónde podían entrar.

Para lo cual envió 200 soldados viejos de la nación mexicana y 200 de la tezcucana y 200 de la tepaneca y 100 de la chalca y 100 de la xochimilca y 100 de las cuatro cabeceras y señoríos de Iztapalapa y de Mexicalzinco, Culhuacan y Huitzilopochco (Durán, 1984: 329).

Del contingente general de 900 hombres lanzado a la acción punitiva, más de la mitad (500 hombres, 55.5% del total) se refieren al mismo Tenochtitlan y a las poblaciones bajo el dominio directo de Tenochtitlan (Chalco, Xochimilco y los Nauhtecutli), mientras el potencial contingente de 25 guerreros provenientes de Huitzilopochco sería 2.7% del total de la fuerza y 5% de las armas mexicanas combinadas.

La mención y las cifras que se desprenden de ella dejan en claro la probabilidad de que los contingentes enviados por Huitzilopochco a estas guerras fueran de pequeñas dimensiones, y aun cuando no es posible medir el tamaño total del ejército, esta avanzada deja ver una cierta proporción de las fuerzas de la Triple Alianza, los porcentajes de las acciones de Huitzilopochco y su impacto en los grupos comandados por los tenochcas.

Dioses de Huitzilopochco

La conexión entre Huitzilopochtli y Opuchtli sirvió para tender un puente entre mexicas y el pueblo de Huitzilopochco, ocupando para ello la condición de númenes sureños de ambas deidades y la supuesta relación parental entre ambos. Los mexicas, entonces recién llegados a la cuenca de México, declararon que a su paso por el poblado de Huitzilopochco los recibió la deidad local, con las armas propias de un pescador y cazador de patos en las manos, sumándolos a una larga tradición del culto a númenes del agua en la cuenca de México.

Opuchtli resulta una deidad con un culto poco estudiado, cuya mención en las fuentes es también escasa, aunque sus referencias lo hace un dios de cierta importancia entre los grupos que acceden a los recursos lacustres de la cuenca de México. Sus referencias, por otro lado, provienen de informantes nahuas muy cercanos a la conquista.

Inin Opuchtli ipan mixevaya Tlaloc. Atlaca inteouh catca quimotetiaya yau quitoaya ca yahuatl intlalzintli itlanexqtlí quintittiti in matlatl in atlatl in minacachalli in avictli tzonuaztli. (Ms. del Palacio, f. 41v.) Es en castellano: este opuchtli tenía el lugar de Tlaloc. Según decían, eran descubrimientos suyos, invención suya; lo que descubrió y dio a conocer él a los hombres: la red, el lanza dardos, la figa, la garrocha de propulsión para hacer que las naves se deslicen, el artificio que sirve de trampa” (Garibay K.: 1995: 213).

Se puede caracterizar Opuchtli, el Izquierdo, surdo o sureño, como un dios de los cazadores de ánades y patos, personaje acuático y relacionado

con la manutención. Los propios informantes de Sahagún lo identifican con estos atributos: “15.- Atavíos de Opuchtli: está embadurnado, su rostro como granos de salvia, sobre su cabeza su gorro de papel. Su tocado de plumas de garza con un penacho de quetzal. Sus tiras de papel sobre el pecho, su maxtle de papel. Sus sandalias blancas. Su escudo en forma de flor del sol, en una mano un palo de sonajas” (León Portilla, 1992: 131).

Esta deidad comparte atributos de grupos muy diferentes entre sí. Por un lado se relaciona con los tlaloques, por la pintura facial de hule y las gotas del mismo en el traje, el chicahuaztli o palo de sonajas y los trajes de papel propios de estas deidades acuáticas y de la fertilidad, asociadas a los penitentes y los hombres cuyo destino es ser sacrificados. Por otro, Opuchtli comparte con el astro rey importantes atributos solares: el penacho de plumas de garza y el escudo con forma de flor solar relacionados con el Aztlamecatl y la flor como símbolo del centro del mundo.

Opuchtli (fig. 7) se encuentra muy relacionado con deidades como Atlahua y Amimitl, conectadas con el agua y los mantenimientos, descubridores también de aperos ocupados por los habitantes de los pueblos chinampanecas como las redes y el atlatl, en una interesante conjunción entre una deidad de los mantenimientos y una guerrera. Considero que en Opuchtli encontramos una deidad acuática considerada como un cazador con armas de guerra (el atlatl) en este ambiente, por lo que puede imaginarse entre los guerreros y de ello viene su afinidad con Huitzilopchtli.

Asimismo, destaca la relación de esta deidad y dos elementos que funcionan como símbolo de Huitzilopochco: el colibrí (emblema del sur) y la olla (el agua), no son componentes extraños entre sí, sobre todo para un espacio que comparte una compleja relación con el agua.

En ese sentido es interesante hacer notar la relación que Selser (2008: 146-148) establece entre el colibrí, el destino del guerrero y el sacrificio, dando esta connotación a la imagen de ese pájaro libando de las flores. Ello me hace pensar en la relación del glifo de Huitzilopochco con sus mantiales y el sacrificio, articulación que exploraré más adelante.



● Fig. 7 Opuchtli, según los textos de los Informantes de Sahagún.

El sacerdote de Opuchtli, Opuchtli *atlixeliuqui*, “el izquierdo que divide el agua”, tenía como obligación reunir los elementos necesarios para vestir a quien representara a la deidad en la fiesta de Tepeiluitl, lo cual incluían la obligación de juntar hule, plumas de garza, color moreno, sandalias de hule, el chalequillo, las campanillas, los ajeros de la tierra, la tinta negra, la tiza, las guedejas (León Portilla, 1992: 103)

Esta fiesta (Tepeiluitl) dedicada a los muertos y el uso de una serie de rituales de lavado y creación de las imágenes de montañas-dioses, se encuentra en estrecha relación con los tlaloques, ayudantes de los dioses del agua.

La primera parte de esta fiesta se relaciona con la construcción de las imágenes de esculturas de masa comestible y alma de madera, elaboradas en forma de serpientes y de niños, estos últimos asociados directamente a los tlaloques.

Aunque desconocemos el desarrollo de la fiesta dedicada a Opuchtli en Huitzilopochco y en Tenochtitlan, podemos esperar —como lo proponen los atributos y los trabajos desarrollados por su sacerdote particular— que ésta se desenvolvía como una de las conocidas representaciones en las cuales un hombre personifica a la deidad y

termina irremediamente por ser sacrificado en una especie de comunión colectiva.

Son lugar común para Huitzilopochco la relación del pueblo con una serie de fuentes de agua, lugar de cultos y procesiones que vinculan al sitio con la capital del imperio, Tenochtitlan. El más famoso de todos estos veneros es el Acuecuexcatl, del que manaba un pequeño afluente hacia el lago. Existían otras cinco de estas fuentes en la región limítrofe entre Coyoacan y Huitzilopochco, cada una de sus aguas relacionada con propiedades, regiones y fuerzas, lo cual podemos atestiguar mediante sus reveladores nombres: Acuecuexcatl: “agua traviesa”; Tlilatl: “agua negra”; huitzilatl: “agua de colibrí, agua hermosa o agua del sur”; xocháatl: “agua de flores”, y Coatl: “agua de serpiente.”

Estos manantiales eran importantes por el compromiso que sus aguas tenían en ciertos rituales de purificación y, probablemente, de curación, en tanto se consideraban aguas mágicas. Sus propiedades parecen no haber sido olvidadas por los habitantes de Churubusco en la época colonial, siendo retratados los veneros en el mapa de Upsala pintado entre 1556 y 1562 (Toussaint, 1990: 142); ahí se ilustran las fuentes que se unen a un cauce que desemboca en la playa del lago, muy cerca de Huitzilopochco.

El uso de este recurso como elemento útil para riego se encuentra limitado por las condiciones de cercanía con respecto al lago, afectando una muy pequeña zona posible de irrigar, pero su uso social parece ser mayor y se relaciona con la fiesta de Panquetzaliztli, en la cual:

Nueve días antes que matasen los que habían de morir, bañaban a los que habían de morir con agua de una fuente que llaman Huitzilatl que está cabe el pueblo de Huitzilopochco. Por esta agua iban los viejos de los barrios. Traíanla en cántaros nuevos y tapados con hojas de cedro, que llaman ahuehuatl. En llegando a donde estaban los esclavos, que estaban delante del cu de Huitzilopochtli, a cada uno echaban un cántaro de agua sobre la cabeza, sobre los vestidos que traían, así hombres como mujeres.

Hecho esto quitaban las vestiduras mojadas y aderezabanlos con papeles con que habían de morir, y teñíanlos todos los brazos y todas las piernas con

azul claro, y después se las rayan con Texas, y pintábanlos las caras con unas bandas de amarillo y luego otra de azul, luego otra de amarillo y otra de azul, y poníanlos unas corozas o coronas hechas de cañitas atadas, y de lo alto salían un manojo de plumas blancas. Y las mujeres poníanlas plumas amarillas sobre las corozas (Sahagún, 2002: 161).

La utilidad del agua del colibrí como venero de donde se extrae el líquido que permite la purificación de los que van a morir en sacrificio es compatible con las ya mencionadas fiestas de Tepeilhuitl. Existe también la posibilidad de que el templo de Huitzilopochtli referido sea el que existió en el propio Huitzilopochco. Además, vale la pena insistir en que en el siglo XVIII aún existía un barrio denominado Ahuehuetitlan, “en el lugar de los ahuehuetes”, y estos árboles —útiles para los fines del ritual referido— todavía se levantan en diferentes sitios del Churubusco contemporáneo.

Es probable que parte de la infraestructura creada (templos, plazas caminos, etcétera) se concibió en relación con estas fiestas (Tepeilhuitl y Panquetzaliztli) y las formas de interrelación regional, generando prestigio y una importante serie de relaciones con el gran ritual de importantes centros urbanos vecinos.

Pero en cuanto al problema de la relación entre Huitzilopochco y sus recursos hidráulicos, por el patrón del pueblo hecho por Navarro (entre 1728 y 1733) sabemos que al realizarse la destrucción de uno de los principales templos aún existentes en el barrio de Theopanzolco (el más importante de Churubusco), el pueblo —en voz de su gobernador— le pidió al párroco no continuar con esta obra, y al no poder detenerlo decidieron rogarle que no tapara “un ojo de agua que al costado de la iglesia esta ensolvado” junto a un frondoso ahuehuete (Navarro, 1909: 560).

En ese mismo texto se explica que fue localizado otro ojo de agua frente al ahuehuete al repartir los terrenos para construir casas. Ojo de agua que aparecía en un plano que guardaban los indígenas del poblado y el cual referían así: “[...] vide aun en mi casa estaba un mapa, que no sé qué se ha hecho, en que estaba pintado el ojo de agua cerrado con llave, y un cedro copado en donde el pájaro huitzitzilin se paraba” (*idem*).

Estos hechos causaron en el padre Navarro una serie de consideraciones sobre la relación de los indígenas de su grey y los —al parecer muy abundantes— ojos de agua como sitios importantes en la geografía ritual de los habitantes de Churubusco: “[...] no son ydoltras, ni hacen aprecio ni tienen por dioses a estos ydolos, que así lo dixo el Yndio, y todos lo dicen, y solo el temor tan radicado que les ha quedado de sus pasados, de que les suceda mal si les llegan o hacen daño; y así en algunos ojos de agua, que tiene tradición que ayga algo de esso, ni se lavan en ellos, ni veven el agua, porque le temen al ayre [...]” (*ibidem*: 568)

A estos casos debe añadirse la localización de un sapo de piedra recuperado por los frailes dieguinos de la peana de piedra del cementerio del convento de Santa María de Churubusco, animal directamente asociado a Tlaloc. Además de una efigie encontrada en 1732 en el barrio de la Santísima Trinidad Tzapotlan, en la antigua peana de la cruz, y el ojo de agua que se mencionó en este barrio. Dicha escultura parece haber sido excepcional:

Una figura formidable de un ídolo de piedra de cantería, bien formado, al menos la cabeza y rostro, que el cuerpo estaba en desproporción de simetría, por no decir con la cabeza, que es agigantada con buena perfección de narices y ojos, los que son de concha blanca embutida en las oquedades de la piedra, y por niñas dos azabaches bien redondos y lustrosos, que parece que vivamente esta mirando con ellos; en el pecho, una oquedad, y dentro una piedra redonda con su taladro en el medio, de las que los indios llaman Chalchihuitl, de color verdosa reluciente, y otra de distinto hechisgo, a manera de canuto, de la misma calidad que la dicha, y esta la tenía embutida den el ombligo [...] y una y otra con fino cal y canto; el cuerpo sentado como llamamos en cuclillas, y los indios llaman coteztia con cacles formados en los pies, y sus correas como ataduras, de los hombros le salen unas alas muy perfectas, y en su lugar cola a manera de águila; pintado todo el cuerpo de almagre fino, y un morrión o montera bien formado, en que tenía media cabeza, está pintado de ocre; entres las piernas tenía dos lanzas de pedernal, una mayor que la otra, seria en señal

de gran guerrerista y las alas por gran hechicero (*ibidem*: 579-80)

Esta asociación entre los muy numerosos ojos de agua y elementos arquitectónicos, o incluso esculturas prehispánicas, se extiende en el tiempo, haciendo de ellos referentes de la geografía simbólica del Churubusco colonial, además de reflejar la importante referencia entre el agua y los rituales desarrollados en el Huitzilopochco prehispánico.

Sin duda otro de los númenes importantes para Huitzilopochco es el propio Huitzilopochtli, cuyo culto se conecta con la existencia de un templo de grandes dimensiones a esta deidad existente ya durante el reinado de Ahuizotl. Este gobernante guerrero decidió realizar un peregrinaje de agradecimiento a los dioses por sus victorias militares, el cual incluyó —además de Tenochtitlan— Chalco, Iztapalapa, Mexicalzinco y Huitzilopochco, en un circuito de visita a templos importantes en el área sur de la cuenca de México.

La intención era entregar ofrendas a Huitzilopochtli en algunos connotados templos, siendo en Huitzilopochco “donde con gran solemnidad, tanta y más que en México, hizo su sacrificio y ofrenda. Donde volvió a México con la compañía de los señores y grandes que había salido y de muchas gentes que le acompañaban” (Durán, 1984, II: 363-367). Este recorrido tiene relación con dos grandes deidades: Tezcatlipoca y Huitzilopochtli; éste, como deidad de los tenochcas, es obvio su tratamiento y la cita es clara al referirse a su templo en Huitzilopochco, pero ¿es posible que en ese poblado existiese otro templo dedicado a Tezcatlipoca?

Sabemos por fray Diego Durán que uno de los lugares de la peregrinación fue Chalco y su famoso templo de Tlapitzahuayan: “el templo era muy reverenciado y suntuoso, en el cual reverenciaban la estatua de Huitzilopochtli y de Tezcatlipoca, los dos principales dioses de la tierra, aunque la vocación principal era la de Tezcatlipoca [...]” (*ibidem*: 366). Pero los elementos que figuran como parte del discurso empleado por Ahuizotl en Tenochtitlan, lugar donde se inicia este peregrinaje, se refieren sin duda a una rogativa a Tezcatlipoca, diciendo: “11. Omnipotente y poderoso señor de

lo criado. Señor por quien vivimos, cuyos vasallos y esclavos somos, señor del día y de la noche, del aire y del agua, con cuyo poder vivimos, yo te doy infinitas gracias por el beneficio que de ti he recibido en haberme traído y vuelto a esta tu ciudad de México con la victoria que tu me has concedido” (*ibidem*: 365).

Así pues, dos de los cinco puntos tocados en el recorrido, son lugares donde se brinda culto a ambas deidades, una considerada como la más importante del panteón nahua, por ello no es exagerado pensar que en el recorrido de Ahuizotl fueran reverenciadas ambas deidades en cada uno de los sitios tocados, incluyendo a Huitzilopochco, lo cual abre la posibilidad de que en el lugar existiera un templo a dicha potencia.

Durante las excavaciones de la nueva sede de la Escuela Nacional de Conservación y Restauración del INAH, en el sitio El Coroco, el autor pudo recuperar —en un basurero prehispánico, tras un templo de medianas dimensiones y en la banqueta frente a éste— importantes concentraciones de cerámica (área de actividad 18) que incluían fragmentos de muy diverso tipos de braceros ceremoniales (fig. 8), algunos de ellos con representaciones de picos de águila y cráneos descarnados y efigies de guerreros muertos, los cuales podemos asociar al culto de la guerra y Huitzilopochtli.

En cuanto a la localización de los templos principales de Huitzilopochco, sabemos que existía uno, al parecer de importantes dimensiones, en lo que fuera uno de los barrios centrales del asentamiento, muy cerca de la gran iglesia construida en el siglo XVI:

En el centro del pueblo halle unos paredones antiguos, que fueron de la primera Yglesia parrochial de él; denota haber sido muy grande; según parece, tenía tres naves, aunque las paredes de piedra y lodo, el techo de madera, que así se deja entender, un cementerio muy grande, la puerta al occidente, con un cedro blanco en dos dividido, que así lo crio la naturaleza, y llaman los indios *ahuehuatl*, frondoso, copado, lucido y hermoso, que esta dentro del cementerio; en derechura de este árbol. Un cerro de piedra y lodo, y algo de cal y canto, situado al norte, fabricado a mano, que fue desde la gentilidad, en donde tenían su Iglesia y daban culto al demo-



● Fig. 8 Fragmento de braceró con la representación de un cráneo que porta una banda asociada a deidades solares (recuperado en las excavaciones del sitio El Coroco, Churubusco, 1999-2000).

nio[...].] motivo porque junto a él. Los primeros ministros del evangelio levantaron AD.S templo en desagravio, dando por titular y patrono al apóstol Sn. Matheo (Navarro, 1909: 559).

Este documento de Joseph Navarro de Vargas, cura párroco de Churubusco, fue escrito a principios del siglo XVIII pero se publicó hasta 1909 —en los *Anales* del Museo Nacional—, y ventila lo que parece ser uno de los últimos autos de fe de que tengo noticia. Ahí se refieren las vicisitudes que le llevaron a desenterrar y destruir una serie de “ídolos” encontrados en los principales barrios de Churubusco. Dichas esculturas son descritas como una culebra, un danzarín, una anciana y un mono:

Era la culebra de piedra muy sólida y pessada; de color rosado; la figura espantosa; el grosor era de un morrillo delgado; el tamaño tenía tres varas, y aunque estaba enroscada en tres vueltas enteras, medida con un hilo dado las mismas vueltas enteras, quedo a la larga después llego a las varas; cada

una de las roscas despegada, que podía haber un peso de plata por la distancia y solo pegaba la punta por lo bajo; la cabeza recostada en el lomo, aunque desunida; la boca con colmillos largos y torsidos la lengua de fuera, la dha. Boca abierta, toda ella escamada primorosamente, que no abra buril que hacierte en estos tiempos a igualarla; pintada, a mas de ser la piedra rossada, de almagre bastante subido de color, y aunque las escamas en el medio estaban ya con el tiempo perdido el color, con todo, le conservava en el nacimiento de cada una, como lugar mas hondo; esta pintura de almagre estaba mezclada con arenilla morada y blanca que sirve de marmagita, que puesta al sol, brillava y lucía. Bean si dixo bien el indio [...] que calentándose al sol le relumbrava el lomo, pepetlaca [...].

[...] dentro de una zanja ensolbada al pie de un cedro blanco, que allí estaba que llaman Ahuehuette, y de ahí tomo el barriecito el nombre Ahuehuetitlan, que ya estaba tronco, aunque todavía parado el árbol, que de aquella suerte le dejo un rayo que pocos años antes había caído en él [...] tres ídolos que allí estaban, de piedra, demasidamente feos y abominables, el mayor tenía la figura de un hombre vestido de danzarín, de una vara escasa; el otro, figura de mujer vieja corcovada, con una bola en el lomo a manera de maleza, los ojos vacíos, como de calavera, algo menor, Y otro a modo de mono sentados como estos lo hacen y en las manos una como bola, que parece que la quería comer. (*ibidem*: 565-567).

Estas esculturas sin duda provenían de templos o edificios públicos prehispánicos destruidos, y doscientos años después los indígenas de Churubusco aún temían a sus fuerzas ocultas y las hacían extensivas a los lugares donde se localizaban. El cura párroco de Churubusco procedió entonces a la destrucción de esas efigies mediante su incineración y posterior ruina, quebrándolas, para finalmente enterrar los fragmentos en una caballeriza de la casa parroquial (*ibidem*: 568) (figs. 9 y 10).

El *ozomatli* (mono), animal asociado al canto, a la danza, al pecado y la muerte, porta ornamentos que lo relacionan con Quetzalcoatl (pectoral y cintas de la cabeza), Xochipilli y Macuilxochitl (rectángulos de las mejillas) (Seler, 2008: 22).



● Figs. 9 y 10 Esculturas nahuas de serpiente y mono (Museo Nacional de Antropología-INAH).

Otro elemento importante es el pelaje del animal, relacionado con *Malinalli* (hierba torcida), la cual, como dice el propio Seler, es una “alegoría e imagen de lo efímero y de la renovación”. Los monos se encuentran cerca de “los dioses del pulque” y personifican la ambivalencia entre la abundancia y la muerte.

Por otra parte, de los tipos de serpiente identificados por Eduard Seler, son dos los que puedo

asociar a esta enigmática serpiente recuperada y destruida a principios del siglo XVIII. En primer lugar me referiré a la *tlapalcouatl* o serpiente colorada, representada como un coralillo en algunos códices y cuyo nombre parece devenir de *tlapapalolli* (lamer o lavar alguna cosa); por otro lado está la serpiente enrollada o *metlapilcouatl*.

La primera víbora, roja a manera de coralillo, parece representar al sacrificio o por lo menos la sangre sacrificial (*ibidem*: 265, 268), puede ser representada con o sin crótalo, y cuyo nombre podría asociar a lo claro y brillante. La segunda es descrita por fray Alonso de Molina como una serpiente muy ponzoñosa, y en el diccionario de zoología náhuatl de Macazaga (1985: 73) ser recupera a Sahagún, quien asocia el carácter rollizo de la serpiente con el de la piedra con que muelen las mujeres.

De esta manera se puede observar una correlación entre la serpiente roja, símbolo de la sangre sacrificial, cuyo nombre la identifica con un ser que permite el proceso de purificación y la cualidad de Huitzilopochco como espacio para obtener agua que permite lavar a los que serán sacrificados. Además, la ubicación del hallazgo dentro del perímetro formado por un templo, un ojo de agua y un ahuehuate completan una triada que parece ser el sello particular de Huitzilopochco, acaso en relación con el ojo de agua llamado Coatl (agua de serpiente).

Otros ejemplos de esculturas son el sapo de piedra localizado en el cementerio que existía frente al convento, así como la efigie de piedra de un personaje alado que el propio cura párroco asociara con Huitzilopochtli.

A estas piezas debe añadirse otro hallazgo en el sitio El Coroco, esta vez una placa con la representación de Chicomecoatl (siete serpiente) en bajorrelieve. Dicha placa de tezontle fue recuperada por el equipo de excavación a cargo del arqueólogo José Antonio López Palacios, y fue encontrada en el brocal de un pozo que fuera clausurado en algún momento del siglo XVIII. Chicomecoatl es una deidad femenina asociada a la fertilidad agrícola y el sacrificio, cuenta con numerosas representaciones en un área dilatada de Mesoamérica y su culto ha sido mencionado en muchas fuentes.

La asociación entre esta placa y el brocal del pozo da certidumbre a lo afirmado por el propio Navarro, y establece una fuerte asociación entre los muy numerosos ojos de agua referidos y los rituales y dioses asociados a ellos en Huitzilopochco.

De esta manera son tres las deidades mencionadas en estas notas, dos de ellas asociadas a los mantenimientos, el agua y la fertilidad: Chicomecoatl y Opuchtli —este último en su calidad de cazador y sirve como puente entre los mantenimientos y la guerra—, y la otra es representada por el propio Huitzilopochtli.

Obligaciones tributarias de Huitzilopochco y la provincia de Petlacalco

Nuestro Huitzilopochco aparece encuadrado en la más importante provincia de tributación del imperio, y cuenta con interesantes relaciones en el rubro de la vida económica del Anáhuac. Según el comentario escrito como glosa en el folio 19v (numerado como 20) del Códice Mendocino, donde se habla de la provincia del mayordomo Petlacalcatl (representada en los folios 20r 20v) (Carrasco, 1996: 118): “Por los señores de México tenían puesto un gobernador llamado Petlacalcatl aunque en cada un pueblo tenían puesto un calpixque que es como mayordomo que tenía a cargo de hazer recoger los rentos y tributos que los dichos pueblos tributaban al señor de México y todos los dichos mayordomos acudían al dicho Petlacalcatl como su gobernador”.

De esta forma el Petlacalcatl funciona como una especie de secretario general en los asuntos que atañen a la recolección de tributos y la Petlacalco —el almacén o tesorería del palacio en Tenochtitlan— fungiría entonces como la institución que alberga esta necesidad del gobierno de administrar lo recaudado.

De acuerdo con el análisis de Carrasco, y por la información de las láminas del mencionado códice, la estructura general del sistema de recolección de tributos obligaba a la presencia de *calpixques* en cada pueblo dominado importante, los cuales a su vez tenían gobernadores que los dirigían “para que los mantuviese en paz y en justicia

y les hiciese cumplir sus tributos y porque no se revelasen” (Código Mendocino, 1996: 21r). Al parecer el más importante era el Petlalcatl, y aun cuando Carrasco (1996: 121) asegura que las cosas no eran tan simples, considera que ese esquema corresponde a un planteamiento general.

Una de las conclusiones importantes sobre el esquema del acopio de tributos representada en el Código Mendocino es que:

Las ciudades pintadas en estos códices [el Mendocino y la Matrícula de Tributos] deben de ser aquellas en las que un mayordomo recogía el tributo para Tenochtitlan. Las ciudades no representadas pagarían tributos y servicios a sus propios reyes y el gran rey de la capital de quien dependían, pero no tributaban a Tenochtitlan, o bien no daban sus prestaciones en productos en especie representados en estos códices. De esta manera se entiende por qué un mismo lugar puede aparecer en distintas láminas —como pueblo tributario o como guarnición— o ser mencionado en otras fuentes con obligaciones distintas. No se trata de contradicciones, sino de múltiples obligaciones que podía prestar una ciudad y de la variedad de poseedores de tierras y terrazgueros que podía haber en el territorio de una ciudad (*ibidem*: 120).

En el caso de Huitzilopochco, este poblado era parte de una unidad política con Culhuacan, Mexicalzinco e Iztapalapa (los Nahtecutli del sur), y conformaba un solo componente (los culhuas) al servicio de Tenochtitlan, si bien este señorío aparece únicamente como tributario tanto en la Matrícula de Tributos como en el Código Mendocino (que parece ser una copia del primero), donde aparecen los listados de tributos a Tenochtitlan más conocidos. “No todas las ciudades con reyes sujetos a Tenochtitlan están representadas; sólo aparecen Huitzilopochco, Olac, Xochimilco Cuitlahuac y Mixquic, en la provincia de Petlalcalco.”

Es probable que Huitzilopochco fuera elegido como asiento de un *calpixque* que controlaba la recolección de tributos para Tenochtitlan en la zona de influencia de los cuatro señoríos, y por ello se encuentre mencionada como tributaria directa; sin embargo, es poco probable que las obligaciones del mismo recayeran únicamente sobre aquel

poblado y los otros no entregaran nada (*ibidem*: 123). La lista de los 20 *calpixques* mencionada por Sahagún en su *Historia general...*, así como las denominadas provincias del Código Mendocino, se convierten en la enumeración de la sede de los gobernadores que organizan la tributación para el gobierno y la guerra.

Huitzilopochco constituiría uno de los nueve “reinos”, dependientes directos de Tenochtitlan, que incluían los cuatro señoríos culhuaques y con los chinampanecas (Xochimilco, Mixquic y Cuitlahuac) completarían siete señoríos al sur, mientras con Tenayocan y Ehecatepec, al norte, completarían la lista de los señoríos dependientes de Tenochtitlan.

Los Nauhtecutli del norte y del sur

Poco se sabe de la organización política que conformaba el grupo de los cuatro señoríos, pero esta existía incluso entre otras cuartetas políticas en la cuenca de México.

En los Anales de Cuauhtitlan aparecen cuatro señoríos Nauhtecutli en el norte: Tzompanco (Zumpango), Citlaltepec, Huehuetocan y Otlazpan (Utlaspa), los cuales dependían de Tlacopan y eran identificados como parte del reino de Cuauhtitlan (Carrasco 1996: 285). Para 1519 estaban “asociadas según el sistema indígena como Nauhtecutli, o cuatro cargos de gobierno relacionados” (Gibson, 2007: 71) y gobernadas por Aztatzontzin, tlatoani de Cuauhtitlan justo antes de la conquista castellana.

Estos elementos apuntan claramente a la utilización de este esquema cuadripartita de gobierno utilizado por algunos grupos en la cuenca de México. Es un hecho que los Nauhtecutli del sur, donde se encuentra nuestro Huitzilopochco, compartían un territorio y una serie de obligaciones con Tenochtitlan cuando esta ciudad formaba la Triple Alianza con Tacuba y Texcoco.

Dichos deberes incluían la entrega de tributo en especie; la obligación de compartir con otros la obra pública impuesta como vasallaje; la presencia de contingentes militares, suministro, armas y atavíos de guerreros en las acciones de

conquista; e incluso quizá también estaban obligados a compartir conocimientos relacionados con su tradición comercial, y a aportar sus relaciones de linaje y prestigio en beneficio del imperio. Entre ellos existía una cabecera considerada una especie de capital de los cuatro señoríos, y que en el caso de los Nauhtecutli del sur era Culhuacan.

Sabemos que esta cabecera conformó una Triple Alianza con Tula y constituyó uno de los poderes facticos más importantes de la cuenca a la fundación de Tenochtitlan, lo que implica un gran prestigio acumulado. Y aun cuando la estructura interna del ejercicio político de los Nauhtecutli en el norte y el sur de la cuenca es todavía un misterio, probablemente el esquema fuera parecido. Tal vez esta forma cuadripartita permite la consolidación de espacios políticos después de desintegrarse unidades tripartitas mayores.

Las relaciones internas de los diferentes señoríos y las obligaciones que aquéllas implican (en términos de tributos y vasallaje) parecen repartirse entre cada una de las cabeceras, pero los recursos y sus delimitaciones quedan claramente definidas.

Pochteca huitzilopochcos

Los *pochteca* fueron poseedores de un importante privilegio: del tráfico de mercaderías de prestigio a larga distancia, dejando a otros grupos productos relacionados con los mercados locales. De esta manera puede explicarse su inserción en los grandes mercados de bienes de prestigio, su relación con el Estado, los estamentos y clases sociales de los pueblos que representaban, aquellos por donde pasaban o a los que se dirigían. Tales condiciones hicieron de ellos un grupo crucial, cuyos intereses iban más allá de lo meramente mercantil.

Por un lado, este grupo de hombres era parte de un aparato del Estado en maniobras de inteligencia y diplomacia. Por el otro, eran además agentes libres de intercambio comercial, quienes manejaban objetos y materias primas como mercancías en circuitos que permitían incluso la producción de bienes para el tributo — pensemos en

la relación entre los comerciantes y los circuitos de producción y obtención de materias primas, y de éstos, a su vez, en la confección de objetos de arte plumario, por ejemplo, que terminan en manos de los cobradores de tributo.

En su condición de viajeros, estaban en posibilidad de recabar información muy diversa de los sitios que visitaban, como rutas de acceso, condiciones topográficas o climáticas, lenguas y conflictos regionales, habitantes, materias primas locales y costumbres, especialización técnica y artesanal; en fin, un sinnúmero de datos sobre diferentes poblaciones.

Los contactos comerciales y rutas de intercambio, los tratos sobre inmunidad y muchos otros elementos necesarios para este tipo de tráfico hicieron de los mercaderes un gremio cuya tradición propia trascendía incluso al Estado. Esto hacía que los *pochteca* contaran con una característica forma de vida, y que sus relaciones con el Estado fueran muy importantes y diversificadas.

La mayoría de nuestros datos sobre la vida de los *pochtecas* fueron recabados por fray Bernardino de Sahagún durante su estancia en Tlatelolco, mediante su singular método de entrevistar a informantes.

Los *pochteca* “andaban a la aventura en busca de conocer y tantear el terreno y las circunstancias de los pueblos”, como podría traducirse de manera muy libre el término náhuatl *matlayecoltitinenca* aplicado a ellos (Garibay K., 1995: 178).

Para entender mejor su importancia en el Huitzilopochco del siglo XV debemos entender que este grupo se estructuraba de manera independiente al de *pillis* y *macehuales*, quienes conformaban el resto de la población y eran más que un gremio artesanal. Esta posición tenía sus ventajas, pues les permitía disponer de una serie de privilegios y una vida holgada; sin embargo, por sus características, la ostentación, la ineficacia o la simple existencia en el momento inadecuado podía costarles la vida.

Es sabido que el mismo *tlatoani* tenochca usó a los miembros de este gremio como vehículos para diversos asuntos de Estado, desde la entrega de mercancías para su venta en un sistema de comisión hasta su empleo como servicios de inteligencia o embajada ante soberanos distantes.

Aunque es probable que en la mayoría de las grandes poblaciones de la cuenca de México existieran un grupo de comerciantes de larga distancia, su alcance y poderío parece referirse a una compleja cantidad de elementos, en la cual interviene el poder de la ciudad o población que los envía, su representatividad histórica y, por ende, los conocimientos y relaciones adquiridos en sus viajes, y el tipo y cantidad de mercaderías que ofertan.

Así, por ejemplo, los *pochteca* tlatelolcas, únicos de los que tenemos una semblanza mínima de su desarrollo, tuvieron un origen muy modesto en la introducción de bienes de bajo valor comercial y en un mercado regional muy limitado —se iniciaron con un muy limitado tipo de plumas—, pero lograron incorporarse al gran mercado mesoamericano de mercancías de lujo gracias al poder acumulado por la ciudad y su tianguis.

Las diferencias fundamentales entre los distintos grupos de mercaderes de cada población, como la edad o la especialización, permitía una estratificación interna que afectaba la decisión sobre los negocios y la particularización de los mercados, de ahí que los grupos más destacados fuesen los “*pochteca* tlatoque y los nahualtozomeca. Los primeros no viajaban. Constituían una capa principal de mercaderes viejos, dando mercancías a quienes iban [en estos largos viajes] para que comerciasen con ellas y trajesen lo producido en el canje [...]” (Acosta, 1945: 23).

La edición de los textos de informantes indígenas, usados por fray Bernardino de Sahagún para redactar su obra —realizada por Ángel Ma. Garibay en 1995—, permiten identificar un *pochtecatoyotl* o arte de traficar. En este texto se identifican 12 poblaciones reconocidas entre toda la comunidad *pochteca* de la Triple Alianza en el momento de la conquista castellana, sobre todo con el aval de Tenochtitlan y Tlatelolco.

Esta sociedad mercantil tenía como sede exterior la ciudad de Tuchtepec, donde se contaba con un edificio, o una serie de ellos, para aposentar las representaciones de esos 12 grupos:

51 [...] allá (en Tuchtepec) están en detención los traficantes, los comerciantes embozados de todos los pueblos, gente de todos los rumbos allí tenían una morada común.

52. El conjunto de estos era: Tenochtitlan, Tlatelolco, Texcoco y Huexotla. Coatlinchan, Chalco, Xochimilco y Huitzilopochco. Mixcouac, Azcapotzalco, Cuauhtitlan y Otumpa.

53. Estos eran los que andaban echando experiencia por todos los pueblos y de ellos se metían, pero volvían a Tuchtepec (Garibay K., 1995: 126-127).

En sentido estricto, cada cabecera de la Triple Alianza tenía representación sobre diferentes poblaciones de *pochtecas* que conformaban parte de sus redes de tributarios, además de su propia representación en algunos casos.

Así, aparte de sus enviados directos, Tenochtitlan tenía tres representantes: Chalco, Xochimilco y Huitzilopochco, este último como una especie de comisionado por los Nauhtecutli. Texcoco tenía cuatro representantes: Huexotla, Coatlinchan, Otumpa y Cuauhtitlan, y aun cuando Tlacopan no estaba directamente representado en la lista, tenía dos enviados de entre sus tributarios: Mixcouac y Azcapotzalco. Tlatelolco se presenta separado, probablemente por la calidad de su mercado, pero podemos reconocerlo como un agregado más de Tenochtitlan, y con ello contaría también con cuatro. El listado muestra a los integrantes en un rígido orden geográfico del centro al oriente, en el sentido de las manecillas del reloj.

La presencia de Huitzilopochco en la lista de los doce deja en claro el importante papel del gremio comerciante en este poblado y entre los Nauhtecutli; es decir, como uno de los grupos de *pochtecas* más importantes de la cuenca de México. Este colectivo se encontraba entre los que debían ser invitados a los sacrificios en honor a Huitzilopochtli, en la fiesta de los “bañados” durante la procesión y festividades de Painal. Estos convites y fiestas exclusivas de los mercaderes incluían la entrega de mantas a los *pochtecas* de la ciudad y de los doce representantes, incluido nuestro Huitzilopochco (*ibidem*: 123, 142)

Dicha relación entre Huitzilopochtli y los *pochtecas* también se observa al recordar que durante el reinado de Ahuizotl los comerciantes fueron atacados en Ayotla por los de Tehuantepec, a quienes combatieron eficazmente y declararon su triunfo en contra de ellos:

“Nadie se enorgullezca, nadie haga por esto gala de hombría tocante a todos nuestros dominados, los que fueron hechos cautivos. No hemos hecho más que venir a requerir tierras para el señor portentoso, Huitzilopochtli” (*ibidem*: 35).

Las actividades religiosas que acompañaban el arte de comerciar eran muchas, y probablemente también las deidades a que se rendía culto; así, durante el camino de regreso de sus correrías comerciales se realizaba una serie de ceremonias en los templos que visitaban, a manera de manda, y a ello se agregaba una serie de acciones en diferentes páramos del camino de vuelta o en cuevas señaladas en la ruta de ida (*ibidem*: 87).

La organización de este gremio pudo llegar a determinar consecuencias en la forma de tratar a los mercados regionales, pues la distribución de los productos en ellos variaba de acuerdo con el acceso a los mismos, y éste dependía de la relación con los mercados y los grupos de *pochtecas*.

La asignación por parte de algunos tlatoanis de riquezas en forma de pañetes o mantas chicas (*cuachtli*) para su trueque en productos (mantas ricas y otros bienes) (*ibidem*: 43) es una de las mejores formas de concentrar riquezas en este sistema. Podemos esperar que esta fórmula se diera por igual en otros niveles de la vida social, no solamente entre *pochtecas* y *tlatoanis*, sino entre señores de los poblados y sus grupos representativos ante comerciantes y personajes destacados.

Por otro lado, la balanza comercial derivada de la introducción de cantidades importantes de materias primas —algodón, productos para teñir, oro, piedras semipreciosas, la concha y sobre todo las plumas para los amantecas, gremio especializado en la creación de objetos de plumaria— podía representar una ganancia importante para quienes recolectaban el tributo de pueblos no asociados directamente con los gremios de comerciantes, pues la disposición de esos productos relacionados con el tributo se tendría que negociar mediante la compra en mercados públicos —especializados y probablemente captados por los principales miembros de esta asociación—, por la asignación a algún comerciante ligado al reducido grupo de los doce ya mencionado, e incluso a uno con carácter regional. Por tanto, los precios de compra de las

materias primas u objetos terminados serían fijados desde y para beneficio de los mercados dominados por la alianza tripartita, quedando en franca desventaja quien los adquiría para la entrega de tributo.

Este virtual monopolio de los doce pudo ser una práctica del ejercicio de poder que de hecho imposibilitó a ciertos grupos la obtención de bienes de prestigio, eliminando su ostentación como parte del ritual o del ejercicio político ante sus propias comunidades.

Las listas de tributos marcan en numerosas ocasiones materiales y productos de regiones que sólo pudieron alcanzarse mediante los servicios de mercaderes profesionales, lo cual implica que sus productos debían ser comprados por conducto de esos gremios monopólicos, a fin de mantener los niveles de entrega de tributo a los mismos señores de donde provenían los mercaderes, ganando en cada operación de compra venta hasta la entrega del tributo. Lo anterior deja entrever un proceso mercantil organizado, dirigido y realizado principalmente por tenochcas, donde las otras poblaciones son tratadas como simples ayudantes y sus márgenes de ganancia son manipulados para evitar la ostentación como arma política.

La lógica militar de la embajada comercial se deriva de sus actividades de “inteligencia” y por ser una parte importante de la política exterior del Estado mexica, lo cual obligaba a manejarse con independencia de acción ante las condiciones de guerra en ciertas regiones. Las virtuales prerrogativas especiales para el conjunto de doce poblaciones eran mayores para un grupo menor de comerciantes que podía realizar los viajes a la costa, hacia el Xoconuchco y hacia Xicalanco:

5. Pero se introducían a la costa no todos, no todo el mundo tenía entrada, porque era el lugar de tráfico de Ahuiztontzin.

6. Los únicos que iban allá, los que allá entraban eran los de Tlatelolco, los de Tenochtitlan, los de Huitzilopochco, los de Azcapotzalco, los habitantes de Cuahtitlan (Cuauhtitlan). Solamente en todo tiempo eran éstos sus comisionados.

7. Y cuando habían empezado el viaje los traficantes que van a la costa, se dividían allá en Tochtepec: la mitad iba hacia la costa de Ayotla (de las

tortugas); la otra mitad entraba por allá por la costa de Xicalanco (donde se cosechan jícaras).

8. Y después de repartidos en dos se dividían los de Tlatelolco y también en dos los de Tenochtitlan, y sus agregados de Huitzilopochco, de Azcapotzalco, de Cuauhtitlan.

9. y esta era la forma en que hacían el camino: iban aderezados como para la guerra: iban llevando sus escudos, sus macanas, sus divisas, porque era ir de guerra: en algún lugar morían, en algún lugar eran cautivados.

10. Y los que entraban en Xicalanco iban portando lo que era de Auitzotzin [...] (*ibidem*: 63).

De esta manera, el sistema de comisión que se describe involucraba a un selecto grupo de representantes de cada una de las cabeceras de la Triple Alianza, Huitzilopochco (por Tenochtitlan), Azcapotzalco (por Tlacopan) y Cuauhtitlan (por Texcoco), al que se agregan desde luego Tenochtitlan y Tlatelolco, lo que crea un sesgo muy importante en este tipo de expedición comercial, y que parece aún mayor cuando se define que a estas marchas se envía lo comisionado por Ahuizotl. No sabemos si este tipo de expediciones, de un carácter marcadamente particular, eran realizadas por otros *tlatoani* miembros de la alianza tripartita y, en su caso, cómo fueran conformadas.

Todos estos datos apuntan a un marcado reconocimiento del grupo de *pochtecas* de Huitzilopochco en las operaciones mercantiles de la alianza, en particular de Tenochtitlan y Tlatelolco. Lo anterior evidencia una cierta importancia del mercado regional de Huitzilopochco en la zona, así como la existencia de grupos de apoyo —como portadores y guías— viviendo en ese punto. A su vez, otras corporaciones pudieron aprovechar estas conexiones, como los talleres artesanos especializados por ejemplo, que pudieron involucrar incluso a los otros señoríos Nauhtecutli del sur.

El hecho es que las expediciones comerciales a Xicalanco, Zimatlan y Coatzacoalco traían grandes jades de diferentes tipos y calidades, “escudos de turquesas” —que podemos interpretar como mosaicos de turquesas—, junto con coral y conchas rojas, coral rosado, pieles de jaguar, guacamaya, aves marinas y conchas de tortugas de diferentes tipos, incluida la exquisita Carey. Todo ello

como perteneciente al tlatoani mexicana (Garibay K., 1995: 67). No tengo datos sobre qué parte de ello pasaba al señor de Huitzilopochco y a los demás Nauhtecutli, pero seguramente dichos viajes involucraban grandes ganancias mercantiles.

Sólo podemos especular sobre los honores reservados al grupo *pochteca* que habitó en Huitzilopochco para ingresar en tan exclusivo club comercial; sin embargo es probable la existencia de una larga tradición de este grupo, pues provenían de la más recia tradición tolteca.

Uno de los últimos ecos del poder económico de los comerciantes en Churubusco colonial es una cita sobre su papel como donantes en las obras de construcción en Churubusco, pues a costa de “Unos indios ricos mercaderes que entonces había en dicha estancia” se edifica la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, donde fray Toribio fue guardián de la misma, y fray Luis y fray Pedro de Gante desempeñaron papeles importantes hacia 1534 (García, 1897: 227).

Barrios y comerciantes

El barrio de Pochtlan en Huitzilopochco se puede asociar a otros vecindarios, en los que Acosta Saignes, en su famoso trabajo sobre los *pochteca* (1945), designa como lugares en que habitaba este tipo particular de comerciantes.

Mientras ni en Tenochtitlan ni en Tlatelolco existe un barrio de este nombre como el lugar donde habiten los *pochtecas*, sí existió un edificio o templo con tal denominación donde se reverenciaba a Yacatecutli, dios de los mercaderes, y a Chinconquiahuitl. En este edificio dos funcionarios (*pochtlan* Teuhua Yiacatecutli y Chinconquiahuitl *pochtlan*) tenían a su cargo realizar las fiestas a ambas deidades en ese lugar (Sahagún, 2002: 291).

En su lista de barrios de Xochimilco, Betancourt —de acuerdo con Acosta Saignes— señala un San Mateo Pochtlan, posiblemente San Mateo Jalpa. Y en Amaquemecan, importantísima población chalca, existe otro barrio Pochtlan Tecuanipan Amaquemecan (Chimalpahin, 1982: 203-204). Mientras en Churubusco colonial el área cercana al convento era el barrio de Santa

María Puchtlan. “La significación de su nombre, según entiendo, es lugar de mercaderías o rescates, porque *pochtecatl* significa rescatador” (Navarro, 1909: 586).

Otros barrios, San Pedro Cotzotlan (pudiera ser Acxotlan, lugar relativo a los Acxoteca comerciantes ricos) y Atlauhco (del mismo Huitzilopochco) fueron lugares asignados como habitación de mercaderes en Tenochtitlan (Acosta, 1945: 28).

Puchtlan y Acxotlan son edificios importantes en las fiestas y sacrificios realizados por los comerciantes a Huitzilopochtli (Sahagún, 2002: 836), mientras Atlauhco es el edificio número 50 de los mencionados por Sahagún (*ibidem*: 278) donde moraban los sacerdotes que daban culto a una curiosa deidad con gorro de colibrí —y es el siguiente en la lista después de Puchtlan.

La presencia de ambos vecindarios entre los barrios de Churubusco colonial apuntala la presencia física del importante grupo de *pochtecas* radicados en ese sitio desde la época prehispánica. Su relevancia entre los más importantes grupos de comerciantes en el imperio sin duda se refleja en términos geográficos y entre los demás Nauhtecutli; sin embargo, y por desgracia, carecemos de fuentes escritas en cuanto a su presencia económica, historia particular y forma de ejercer el poder al interior de este arreglo político cuadrupartita.

Conclusiones

Por nombramiento del mismo Cortés, fue asignada en 1521 a Huitzilopochco —junto con otras cinco poblaciones importantes del sur de la cuenca— como encomiendas de la ciudad de Tenochtitlan; poco tiempo después se le entregó a Bernardino Vázquez de Tapia, enemigo del primero, quien la cambió por otra localizada en Guerrero (Huamuxtitlan), quedando vacante por unos años (finales de la década de 1520 y hasta 1536). Poco después readquiere para él y su familia los títulos de la misma encomienda (a nombre de su sobrina). Con la muerte del conquistador en 1559, los derechos a su hijo (hasta principios del siglo siguiente) y a su nieto (encomendero en 1639-1640), los dos de igual nombre, para trasladarse en el siglo XVIII

a manos del conde de Cienfuentes (Gibson, 2007: 428).

Durante la Colonia la población perdió terrenos frente a haciendas vecinas y el propio Coyoacan, capital del marquesado, y aunque en ella se construyen importantes iglesias y el convento dieguino de Santa María de Churubusco, el poblado disminuye su influencia y sus grupos, otrora importantes, sufren las consecuencias del cambio al nuevo régimen.

La posición del Huitzilopochco prehispánico por momentos parece brillante, pero sobre todo aparece como ejemplo de un organismo político bajo la dominación mexicana que intenta hacer valer sus conexiones históricas, comerciales y su tradición militar frente a la alianza tripartita que domina el Anáhuac.

La forma en que Huitzilopochco permite entrever las formas de vasallaje y tributo en esta relación con los diferentes niveles de poder impuestos sobre el señorío, pueden ser ejemplos de la forma en que los pueblos de la cuenca sufrieron la dominación de la Triple Alianza, y de sus esfuerzos por salvarlos y crecer.

Estos intentos se observan en las formas en que Huitzilopochco ocupa sus añejas relaciones comerciales y, en alguna medida, en las asociaciones parentales con la mítica Tula y, por ende, con Culhuacan. Se pueden ver estas asociaciones en la forma en que ejerce su soberanía sobre los escasos recursos disponibles para permitirse una mejor situación, incluso con el riesgo que implica enfrentarse con el poder.

La unión con otras cabeceras parece ser una estrategia que permite minimizar el vasallaje a unidades mayores y así presentar un frente común, sobre todo en relación con obligaciones tributarias pero conservando ciertos grados de independencia de acción.

El emplazamiento dado por los fundadores de Huitzilopochco (quienesquiera que hayan sido) mostró ser correcto, pese a los pocos recursos que prometía en apariencia y al cambiante escenario geopolítico de la cuenca en los 1000 años de existencia reconocida por las fuentes.

Como punto central del cruce de caminos de algunos de los más importantes ejes del trasiego de mercancías, Huitzilopochco se convirtió en una

población donde límite y centro se combinaban. El éxito se aprecia en su longeva historia y el interés que causara en importantes organismos políticos dominadores de la cuenca de México, entre ellos Culhuacan, Azcapotzalco y Tenochtitlan.

Por ello el exclusivo grupo de *pochtecas* ahí avecindados, así como la pequeña pero importante tropa de guerreros que siguió a otros en sus empeños y luchas más allá de las fronteras, además de sus prestigiados templos y ojos de agua trascendentales en los circuitos regionales del gran culto, en contraposición a sus modestos pescadores y salineros.

Desde la publicación de *Churubusco-Huitzilopochco*, hace más de 90 años, no se había divulgado un trabajo monográfico sobre esta población prehispánica, sirvan estas letras para el interminable compromiso de hacer su historia.

Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel
1945. “Los pochteca: ubicación de los mercaderes en la estructura social tenochca”, *Acta Antropológica*, núm. 1.
- Alvarado Tezozomoc, Hernando
1987. *Crónica Mexicana y Códice Ramírez*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 61).

1992. *Crónica Mexicayotl* (trad. de Adrián León), México, IIH-UNAM (Serie Prehispánica, 3).
- Barlow, Robert H.
1987. “Tlatelolco rival de Tenochtitlan”, en *Obras*, vol. 1, México, INAH/UDLA.
- Boban, Eugène
1891. *Documents pour servir à L'histoire du Mexique. Catalogue raisonné de la collection de M.E. Eugène Goupil*, 2 vols. and atlas, París.
- Carrasco, Pedro
1996. *Estructura político-territorial del imperio tenochca*, México, FCE/El Colegio de México/ Fideicomiso Historia de las Américas.
- Castillo F., Víctor M.
1984. *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*, México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Monografías, 13).
- Códice Azcatitlan
1995. *Códice Azcatitlan* (ed. facsimilar, intr. de Michel Graunlich, trad. de Leonardo López Luján), París/México/Turín, Biblioteca Nacional de Francia/Sociedad de Americanistas/Artes de México/ Estampería Artística Nacional.
- Códice Chimalpopoca
1975. *Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, México, IIA-UNAM.
- Códice Fejérvary-Mayer
2005. “El tonalamatl de los pochtecas”, *Arqueología Mexicana*, núm. 18 (facsimil con estudio introd. y comentarios de Miguel León Portilla).
- Códice Mendocino
1992. *The Codex Mendoza* (ed. De Frances F. Berdan y Patricia Rieff Anawalt), 4 vols., Berkeley, University of California Press.
- Códice Xolotl
1980. *Códice Xolotl* (ed., estudio y apéndice de Charles E. Dibble), 2 tt., México, IIH-UNAM (Serie Amoxtli, 1).
- Cortés, Hernán
1983. *Cartas de relación de la conquista de México*, México, Espasa Calpe Mexicana (Austral, 547).
- Cruz Godínez, Faustino
2001. “Vínculos entre el Estado mexicano y los pochteca”, tesis de licenciatura en historia, México, FFYL-UNAM.
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón
1982. *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, México, FCE (Biblioteca Americana).

1989. *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan* (ed., trad. y notas de Víctor M. Castillo F.), México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, 9).

- Díaz del Castillo, Bernal
1955. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina (Austral, 1274).
- Durán, fray Diego
1984. *Historia de las indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 37), t. II.
- García Pimentel, Luis (ed.)
1997. *Descripción del arzobispado de México hecha en 1570 y otros documentos*, México, José Joaquín Terrazas e Hijos impresores.
- Garibay K., Ángel Ma. (ed.)
1996. *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, México, Porrúa (Sepan cuántos..., 37).
- 1995. *Veinte himnos sacros de los náhuas*, 2ª. ed. (Textos de los Informantes de Sahagún, vol, II) México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes, 4).
- 1961. *Vida económica de Tenochtitlan. 1. Pochteca-yotl (arte de traficar)*, 2ª. ed. (Textos de los Informantes de Sahagún, vol. III) México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes, 2).
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1521*, México, IG/IIH-UNAM (Serie Espacio y tiempo, 1).
- Gibson, Charles
2007. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI (América nuestra, 15).
- León Portilla, Miguel (ed.)
1992. *Ritos sacerdotes y atavíos de los dioses*, 2ª. ed. (Textos de los Informantes de Sahagún, vol, I) México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes, 3).
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva
1985. *Obras históricas* (ed. de Edmundo O'Gorman), 2 tt., México, IIH-UNAM (Serie Historiadores y cronistas de Indias, 4).
- Linne, Sigval
1948. *El valle y la ciudad de México en 1550*, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden (New Series, 9).
- Macazaga Ordoño, César
1985. *Diccionario de zoología náhuatl*, México, Innovación.
- Matrícula de tributos
2003. "La Matrícula de Tributos", *Arqueología Mexicana*, núm. 14.
- Mena, Ramón y Nicolás Rangel
1921. Churubusco Huitzilopochco, México, Departamento Universitario y de Bellas Artes/Dirección de Talleres Gráficos.
- Molina, fray Alonso de
1992. *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* (ed. facsimilar), México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 44).
- Navarro de Vargas, Joseph
1909. "Padrón del pueblo de San Mateo Huitzilopochco, inventario de su iglesia y directorio de sus obvenciones parroquiales", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 3ª época, vol. I, pp. 353-599.
- Ordenanza del Señor Cuauhtémoc
2000. *Ordenanza del Señor Cuauhtémoc* (estudio de Perla Valle, pal. y trad. de Rafael Tena), México, Grupo Cuadrante, A.C., Gobierno del D.F./Panorama.
- Sahagún, Fray Bernardino de
2002. *Historia general de las cosas de la Nueva España* (ed. de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana), 3 tt., México, Conaculta/Alianza Mexicana (Cien de México).
- Seler, Eduard
2008. *Las imágenes de animales en los manuscritos mexicanos y mayas*, México, Juan Pablos/Coyoacán.
- Toussaint, Manuel
1990. "Estudio histórico y analítico del plano atribuido a Hernán Cortes", en Manuel Toussaint,

Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández (eds.), *Planos de la ciudad de México siglos XVI y XVII, estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*, México, IIE-UNAM/Gobierno de la Ciudad de México, pp. 90-105.

1990b. “Estudio histórico y analítico del plano atribuido a Alonso de Santa Cruz”, en Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández (eds.), *Planos de la ciudad de México siglos XVI y XVII, estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*, México, IIE-UNAM/Gobierno de la Ciudad de México, pp. 132-146.

• Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio
1745. *Theatro americano. Descripción general de los reinos y provincias de la nueva España y sus jurisdicciones*, 2 vols., México, Imprenta de la Viuda de Joseph Bernardo de Hogal.

